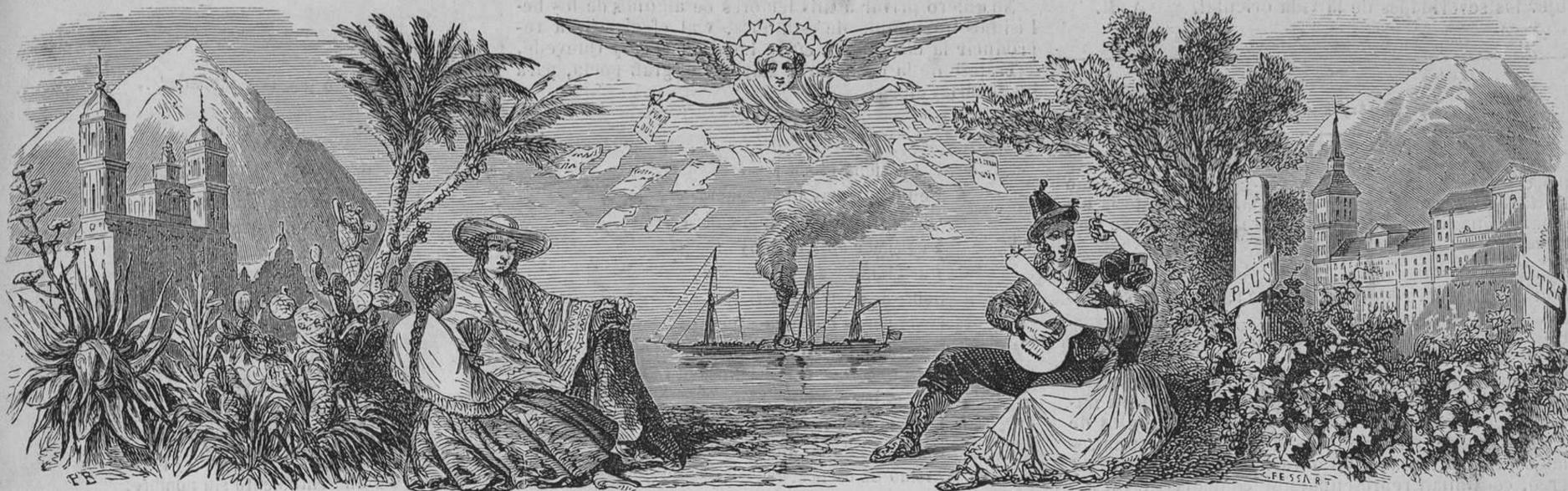


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



Al presente número acompaña el número 22 de la *Moda*.

1869. — Tomo XXXIV.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administración general, pasaje Saulnier, número 4, en París.

AÑO 28. — N° 880.

SUMARIO.

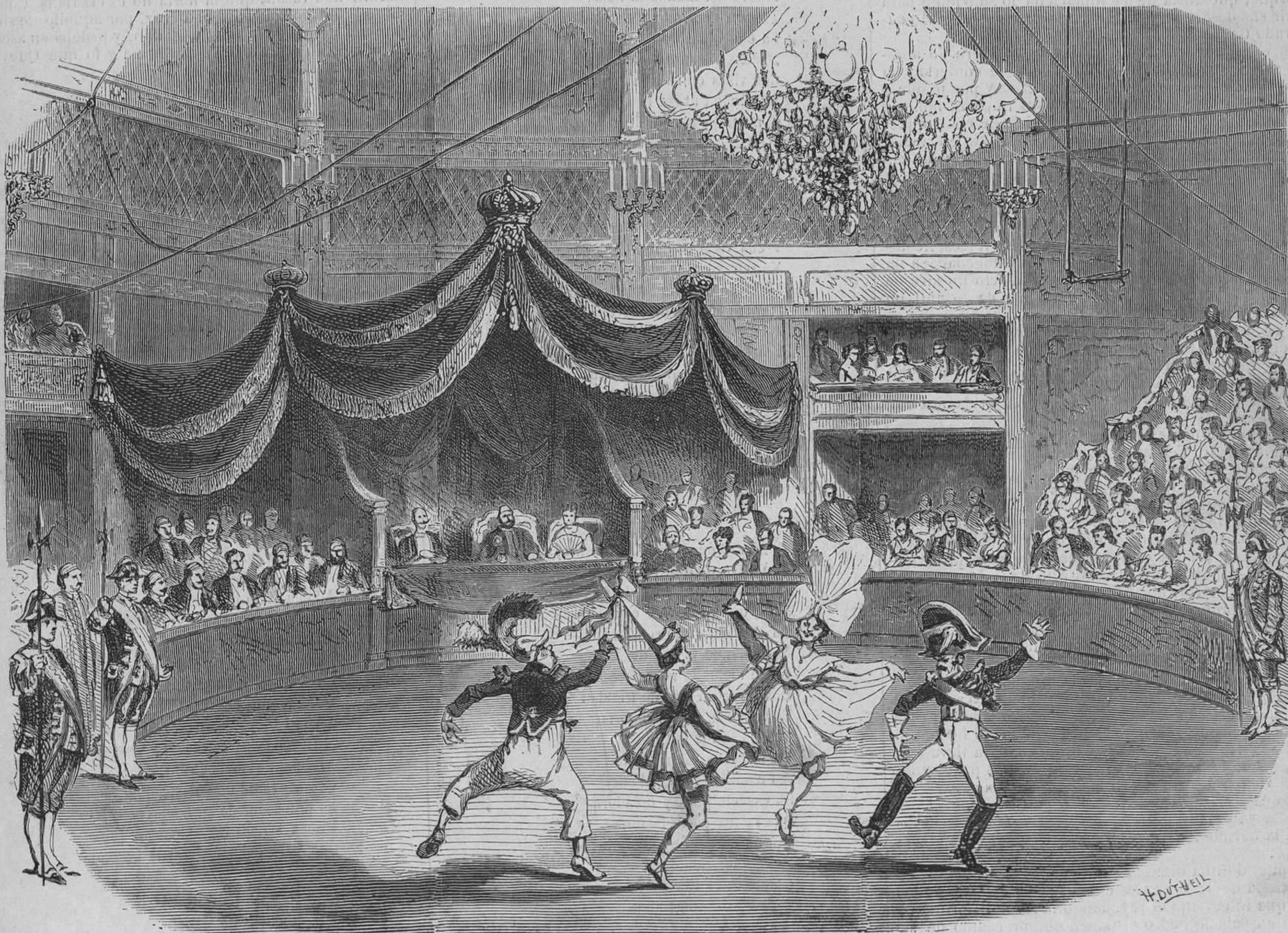
Las fiestas de Suez; grabado. — Revista española. — Sucesos de España; grabado. — Lord Derby; grabado. — Revista de París. — Poesías. — Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz; grabados. — Episodios de la vida de un naturalista. — El istmo de Suez; grabados. — La gran manifestacion de los fenianos; grabados. — Los dos millonarios. — Problemas de ajedrez; grabado. — La Francia pintoresca; grabados.

Las fiestas de Suez.

El Cairo 23 de octubre.

La llegada de la emperatriz produce aquí el mismo efecto que en Constantinopla. Todo se vuelven fiestas, á las que acude siempre una inmensa muchedumbre. El adjunto dibujo representa una inauguracion que

ha hecho mucho ruido, porque tenia todo el carácter de una fiesta ofrecida á los convidados: se inauguraba el Circo que ha mandado construir el virey para dar á conocer aquí ese género de diversion popular. El espectáculo se componia de los ejercicios de costumbre; pero la atencion de los europeos no se fijaba en la arena, sino en una parte del circo, que merece particular mencion. El khedive habia querido que asistieran á la fiesta las mujeres de su palacio, y como las costumbres



Fiestas del istmo de Suez. — Inauguración del Circo del Cairo.

orientales se oponían á ello, el arquitecto salió del apuro, haciendo un espacioso palco con celosías doradas para el servicio del haren.

Ese palco dorado era objeto de la atención de los europeos. Ignoro cuándo se acabará esa antigua costumbre oriental; pero lo cierto es que los progresos de la civilización occidental son tan considerables, que puede preverse el día en que se atenuarán un poco para la mujer las severidades de la vida oriental. A. M.

Revista española.

Animación. — Teatros. — La *Maya*, comedia de Antonio Hurtado. — Lope de Vega y Quevedo. — Una historia íntima. — Una marquesa y un hombre político. — Se continuará...

Con el otoño ha renacido la animación artístico-literaria.

En los teatros se reúne por las noches lo más escogido de Madrid.

El Español y el de Lope de Rueda representan comedias, en la Zarzuela hay ópera bufa en español y en italiano, en el Circo continúan su marcha los bufos de Arderius, en la Opera ha empezado á funcionar una regular compañía italiana, y en Variedades, Novedades y Recreo, continúan representándose comedias en un acto. Los espectadores pagan un real por cada pieza: no es posible mayor baratura.

Los bufos se disputan las obras de Offenbach, que ha llegado á ser el compositor favorito de la Europa filarmónica.

En Lope de Rueda se ha estrenado una comedia de Larra que se titula el *Becerro de oro*, destinada á poner en evidencia una vez más el papel que el dinero desempeña en nuestros tiempos; pero la obra verdaderamente digna de los honores de mi revista, es la comedia de Antonio Hurtado, del elegante é inspirado poeta, que con el título de la *Maya* se estrenó en el Teatro Español á mediados de octubre.

Es una joya, tanto por su versificación como por ser un cuadro lleno de luz y de color de las costumbres de la corte de Felipe IV.

Hé aquí una idea del argumento de esta obra.

Pedro y Ana están prometidos uno á otro, son jóvenes y se adoran, se han conocido niños, y la madre del novio y el padre de la novia, Celia y Diego, consienten en la boda; pero hay un noble, hijo del duque de Alburquerque, que gusta de la muchacha lo suficiente para sufrir sus desdenes y para hacer morir de celos al enamorado Ganchoso.

La ve en la romería del Soto y la requiere de amores, según su costumbre; la doncella le contesta con brio y donaire, se inflama el mancebo, y por pasión ó afrenta se atreve á profanarla con sus impuros labios á la vista de sus compañeros, y aun del mismo novio que, ciego de cólera, se precipita sobre él espada en mano. El resto se comprende: riñen los dos rivales, y el caballero queda mal trecho ó medio muerto.

Llega el duque de Alburquerque, ve á su hijo moribundo, y jura vengarle: la llegada de la justicia pone en dispersión á la romería y concluye el acto, que es ligero, animado, y está lleno de bellísimos versos. Acompañados algunos por una música muy adecuada á la época y á las circunstancias, tiene este acto un aire de frescura y lozanía que da á la imitación de lo antiguo la apariencia de original.

El segundo acto es más frío; Anilla ha sido elegida por el rey, á cuyos oídos ha llegado la fama de su belleza y virtud, para *Maya* de la corte; la pobre niña, entre vanidosilla y obediente á su padre, había medio regañado con su novio la víspera por su empeño en ir á esta fiesta.

A punto está de desobedecerle y ceder á las instancias de la madre Celia y al dolor que la causa ver á su novio perseguido y pregonado por la justicia, saberle oculto y temer á cada momento por su vida, cuando el duque de Alburquerque se encarga de revelarla todas las prerrogativas de Maya. Su reinado será breve, pero su imperio será absoluto. Para una muchacha discreta y enamorada, deciría esto, es poner en su mano la salvación de su novio; mas como si no fuera bastante todavía, el señor Hurlado, ó por mejor decir, el duque de Alburquerque, bajo pretexto de amenazarla para que no vaya á la corte, la instruye de que entre sus derechos está el de gracia, y que por lo tanto puede indultar á su novio.

El mérito del acto consiste en la rapidez de la escena, con el que el autor aturde un poco al público y le hace pasar la inconsecuencia de que aquella muchacha deje á su novio preso, y á la madre de su novio hecha un mar de lágrimas, sin decirles la causa que la lleva á la corte, y que la hace apresurarse así que los pages y las damas vienen á buscarla en las carrozas del rey.

Pero es preciso un acto tercero, por más que el espectador ya se le figura. En la corte aguardan la llegada de la hermosa Maya el rey, Quevedo, Lope y sus cortesanos.

Después de una discreta disertación sobre el carácter de la fiesta de la cruz, sostenida por Lope y Quevedo, en la que interviene el rey, dando la razón al primero, entran en palacio Pedro el Ganchoso, precedido de su amigo Dorilo, que burlando la vigilancia de la ronda

que llevaba, se han acogido á asilo. Promete el rey hacerlos justicia, llega la maya, se le hacen los honores, solicita, ó mejor dicho, decreta el perdón de su amante, aduce pruebas, el rey las oye, se opone el de Alburquerque; pero la llegada de Quevedo con el perdón del mancebo herido y la confesión de su atrevimiento, pone fin á la ansiedad de todos, concluyendo entre plácemes y alegrías la fiesta de la *Maya*.

No quiero privar á mis lectores de algunos de los bellísimos fragmentos de esta obra, y al efecto voy á reproducir la disertación entre Lope de Vega y Quevedo.

Trátase de la fiesta de la Maya, y el gran poeta, para justificarla, dice:

LOPE.

No tiene el sol rayo
De lumbre más bienhechora,
Que el rayo aquel que colora
La primer alba de mayo:
Pues tanta vida y calor
Sobre los campos derrama,
Que apenas hay una rama
Que no se convierte en flor,
Y es que Dios desde su asiento
Con la luz del nuevo día,
Pródigo á la tierra envía
Un átomo de su aliento.
Átomo de esencia tal
Y de tan rica fragancia,
Que siendo nueva sustancia
Y nuevo germen vital
A su contacto fecundo
Hierva la tierra, y parezca
Que se agita y estremece
Ebrio de placer el mundo.

CABALLERO 1º.

La ciencia, Lope, va en pos
De otra razón más certera.

LOPE.

¿Qué me importa que altanera
Llegue hasta negar que hay Dios?
Yo os pregunto: ¿Quién potente
Mueve del mundo la bola?
¿Quién enciende y arrebola
La clara lumbre de Oriente?
¿Quién á la nube que ondea
Con visos de rosa inflama?
¿Quién da al sol la eterna llama
Con que á las cumbres orea?
¿Quién de los montes desata
La densa y pesada bruma,
Y entre vellones de espuma
Destrenza arroyos de plata?
¿Quién con alta potestad
Y con vigor soberano,
Ya refrena al Oceano,
Ya azota la tempestad?
¿Quién, en fin, da movimiento
A cuanto en el mundo cabe
Y anima la flor, el ave,
El fuego, la mar y el viento?

CABALLERO.

¿Leyes físicas!

LOPE.

No, el ser
Que en todas partes se ostenta,
Y á cuyo aliento fermenta
Lo que ha sido y puede ser.
Dios, que con nieve encanece
La sien del risco sombrío,
Y acallando el son del río
Entre hielos le adormece
Dios, que en olas de frialdad
Envuelve la noche umbría,
Y saca la luz del día
De la densa oscuridad.
Así cuando se desprende
Su esencia pura y creadora
Que la luz como la dora
Que en el sol de mayo enciende,
Virgen aspirando amores
Despierta la tierra ufana,
Y gozosa se engalana
Con rico manto de flores.
Entonces en curso leve

Y en corrientes desiguales
Baja deshecha en cristales,
Y en globos de luz la nieve
Y en incesante rodar
Como el mundo en el vacío
Corre la nieve á ser río,
Y el río corre á ser mar.

CABALLERO.

¡Pura poesía y monada!...

LOPE.

Entonces mueve sus plumas
El águila entre las brumas
De la atmósfera azulada.
Entonces fresca la flor
Vierte al aire su tesoro,
Y es cuando con pico de oro
Canta alegre el ruiseñor.
Y entonces es cuando enhiesta
Alza su copa la encina,
Y hay más luz en la colina
Y hay más sombra en la floresta.
Y entonces es cuando en pos
De un sentimiento sin nombre,
Hace estas fiestas el hombre
En alabanza de Dios.
Pues con amor singular
Su esencia pura y suave
Da vida á la flor y al ave,
Al fuego, al viento y al mar.

Así acaba Lope su bellísimo discurso cuando entra Quevedo, dándose á conocer con esta redondilla:

QUEVEDO.

Basta de luz y de rayo,
De sol, de luna y de estrella;
Baste con decir que es bella
La estación del mes de mayo.

Terciando en el debate, dice que ni Lope ni el caballero tienen razón, que la fiesta no es cristiana á pesar de estar simbolizada por una cruz, por aquello de siempre está detrás de la cruz el diablo, y prueba su aserto. Hé aquí lo que Lope le pregunta y lo que Quevedo contesta:

LOPE.

Pues la cruz de ese retablo,
¿Qué es lo que diciendo está?

QUEVEDO.

Siempre se ha dicho que va
Detrás de la cruz el diablo.
¿Qué es una fiesta? un placer
Tras que el demonio se asoma.
Pretexto que el hombre toma
Para buscar la mujer.
Y una vez juntos los dos,
Sin ambages ni perfiles,
Cristianos como gentiles,
Se dan al diablo y no á Dios.
Dejad si no que os recuerde
La fiesta alegre de Flora.
¿Qué había entonces? lo que ahora
Hay siempre en Santiago el verde.
Mucha dueña quintañona,
Mucha redigüeña honrada
Y mucha honrada buscona.
Mucho mancebo galán,
Mucha vieja de sonsaca,
Poco amor de toma y daca,
Mucho de din y dan;
Mucho marido reñido
Con más humos que un infante
De esos que echan delante
Ya la tos, ya el estornudo;
Sutil modo de avisar
Al amante amancebado,
Que asistente de su estrado
Es proveedor de su hogar.
Mucha esposa con donaire
Que, á fuer de noble y de honrada
Lleva la cara tapada,
Pero la vergüenza al aire.
Mucho rufián maleador
Que va diciendo á lo zaino:
¿Quién me tose? ¿A quién le envaino

La punta de este asador?...
¿No es esto lo que anda ahora?
Pues dejad tal teología,
Que lo mismo pasaria
Allá en los tiempos de Flora.
Y pues con ellos las manos
Aquestos tiempos se dan,
Callo aquí, que allá se van
Lo gentil y lo cristiano.

LOPE.

De que tal diga, me abismo,
Hombre tan sabio y profundo.

QUEVEDO.

¿Cómo no, Lope? ¡Si el mundo
Ha sido siempre lo mismo!...
Dan asunto fiestas tales
A embrollos, bulla y contiendas,
Que son hoy Carnestolendas
Las que entonces Saturnales,
Y no busqueis otra luz,
Que para el vulgo morlaco,
Eran las fiestas de Baco
Lo que es hoy la de la Cruz.»

El rey llega, y no conformándose con la picaresca
opinión de Quevedo, forma la suya en estos términos:

REY.

« En cuanto á la cruz, ya sabe
Lo que aquí ensalzamos hoy.
Símbolo que al mundo llena,
Hoy canta el pueblo sin tino
Los triunfos de Constantino,
Las glorias de Santa Elena.
Y como siempre á su luz
Triunfó el español sereno
Del terror del agareno,
Domado al fin por la cruz;
Como ese signo fué espanto
Y asombro de la Turquía,
Y fué nuestro amparo un día
En las aguas de Lepanto;
Como su brillo profundo
Unió con vivo reflejo
Las costas del mundo viejo
Con las costas de otro mundo,
Y en el imperio del sol
Dió á la cruz altar y asiento,
El vigoroso ardimiento
Del carácter español;
Como siempre la victoria
Siguió á su esplendente luz,
¿Qué español ante la cruz
No canta su propia gloria?»

Antonio Hurtado es un verdadero poeta.

¿No opinan Vds. como yo despues de haber leído los
anteriores versos?

Como no quiero ocuparme para nada de política, y
como no ha pasado nada notable en la esfera pública,
tengo que entrar en la esfera privada para referir una
historia en extremo curiosa y triste.

Se trata de una credencial de un empleo que ha he-
cho á un hombre feliz y á otro desdichado.

Hé aquí la historia:

La marquesa de... estaba sentada hace un mes, sobre
poco mas ó menos, en un cómodo y elegante *coin du
feu*, al lado de la chimenea, en cuyo seno ardian dos
gruesos troncos de encina.

El reloj que habia sobre la chimenea dió doce campa-
nadas, y un momento despues oyó la marquesa que se
detenia un carruaje delante de la puerta de su pa-
lacio.

— Es él, se dijo.

Poco despues entró un hombre de unos cuarenta
años, de facciones distinguidas, con todo el sello de la
elegancia y estrechando la mano de la marquesa:

— Me tiene Vd. á sus órdenes, le dijo.

La marquesa es una de las damas mas distinguidas
de la aristocrática sociedad. Su belleza es como la de
esas flores tropicales que se conservan en los inverna-
deros, que viven y exhalan delicioso perfume á fuerza
de cuidado y arte.

Tiene treinta y seis años á lo sumo; y su fisonomía al
ver al recién llegado hubiera podido servir á un hom-
bre observador de clave para descubrir el enigma de
su existencia.

— Mucho le tengo que agradecer á Vd., le dijo la
marquesa, porque es un verdadero triunfo lograr que
una de las primeras figuras políticas de la nacion aban-
done los trascendentales negocios que pesan sobre él
para dedicar á una antigua amiga unos cuantos mi-
nutos.

— Señora, contestó el personaje que acaba de entrar

en el gabinete de la marquesa, triunfos como ese pue-
de Vd. conseguirlos cuando quiera.

— En buena política eso se dice, pero no se hace.
Para conseguir la distincion que me hace Vd. en este
momento he necesitado hacerle poco menos que una
solicitud. Pero Vd. estará de prisa y no quiero robarle
mucho tiempo.

— Veo marquesa, que no me ha perdonado usted.

— Al contrario; cuando Vd. sepa el objeto que me ha
impulsado á llamarle, verá Vd. como aun queda en mi
alma algo de aquel afecto que bajo el aspecto de feli-
cidad nos brindaba la desgracia. He tenido noticias de
Paris.

— ¿Qué noticias? preguntó con marcadas muestras de
ansiedad su interlocutor.

— Si; madama Morel escribe que los médicos opinan
que Sofia debe cambiar de clima. La pobre niña se cria
endeble... Como que le falta el amor de su madre.

— Marquesa... dijo el personaje.

— Tranquílese Vd. Aunque le falta el cuidado de su
madre, no le falta su amor, y hasta ahora no ha care-
cido de nada absolutamente. El clima de Paris es de-
masiado fuerte para una niña tan pequeña. El campo
de las orillas del Sena no tiene toda la alegría que ne-
cesita el corazón de una niña que tiene en sus venas
sangre meridional. Los médicos opinan que un clima
templado, un cielo sereno, el sol, sobre todo, hará mu-
cho bien á esa inocente criatura, y madama Morel con-
sulta el partido que debe tomar, y antes de contestarla
he deseado hablar con Vd. ¿Qué debemos hacer?

— Yo... señora, balbuceó conmovido el eminente
hombre político.

— ¿Qué?... ¿Quiere Vd. desentenderse tambien?

— De ningún modo.

— Como la vida política es tan agitada; como las emo-
ciones se suceden en ella con tanta rapidez; como di-
cen que en sus luchas se gasta el corazón, se pierde la
memoria, se olvidan los recuerdos dulcísimos de la edad
de la vida en la que el alma cifraba toda su ambicion
en una mirada, en un suspiro, en un afecto... No ex-
trañe Vd. que ayude un poco á su memoria.

— Es inútil, marquesa.

— Notando como Vd. cree; ¿sufre Vd.? Yo he sufrido
por su causa, y por lo tanto justo es que le recuerde
algunas páginas de la novela de nuestra vida. Vd. era
aun muy joven; pobre, y recuerdo esto porque quien
ha logrado sin manchar su honra llegar á la fortuna,
al esplendor, debe acordarse con orgullo de su primi-
tiva pobreza, sin recursos, repito, pero con ambicion,
fué Vd. presentado en los salones mas aristocráticos de
Madrid, y yo tuve el placer de conocerle. Yo era tam-
bien muy joven, pretendian que era bella, no faltaba
quien juzgándome con excesiva bondad, atribuyese do-
tes privilegiadas á mi alma. Vd. tuvo la bondad de fi-
jarse en mí; me habló Vd. con sinceridad, me confié
la historia de su existencia y me ofreció un amor eter-
no, acompañado de la gloria que pensaba Vd. conquis-
tar para mí.

— No la engañé á Vd., marquesa.

— No lo he dudado nunca; yo vi en Vd. un hombre
que no se parecía á los demás, que era menos superfi-
cial, menos mezquino. Nos separaba la fortuna, la po-
sición que yo ocupaba en el mundo, pero, como usted
habrá dicho mil veces en los periódicos en que ha es-
crito al principio de su carrera, cuando en vez de re-
dactar documentos diplomáticos hacia Vd. novelas ó
poesías *el amor lo iguala todo*, le amé á Vd., y mi fami-
lia se opuso á nuestro enlace. En honor de la ver-
dad, debe Vd. á aquel desaire la posición que ocu-
pa. Se vió Vd. humillado y trató de humillar á los que
no le habian comprendido: fui obediente, le hablé á
usted con franqueza y nos separamos.

— Parece que se complace Vd. en mortificarme, se-
ñora.

— No; solo aspiro á conseguir que en la resolucíon
que voy á tomar me ayude usted.

— Pues bien; en ese caso cuente Vd. desde luego
conmigo.

— Y si Vd. me agradece, que yo no lo deseo, esta
sumisión, no me castigue Vd. por ella recordándome
que he logrado la gloria que ambicionaba desde el
principio de mi vida, y que ha realizado mi corazón la
felicidad con que soñaba entonces. ¿Quiere Vd. que
venga esa niña?

— Venga en buen hora.

— No se trata de eso solo, amigo mio; Vd. compren-
de que no puede venir á mi casa, soy la esposa de un
hombre que aunque me ha hecho muy infeliz, aunque
vivimos separados no solo para nosotros, sino para el
mundo, tiene derecho á exigirme cuenta de mis accio-
nes. Tampoco puede ir á su casa de Vd. ¿Qué repre-
sentaria en la casa de un hombre de Estado cuyo aisla-
miento del bello sexo le constituye en una de las cele-
bridades contemporáneas? ¿Qué representaria una niña
de seis años que apareciese de pronto en una casa en
que nunca ha entrado una mujer?

— Es imposible...

— Pero ¿no habrá algun medio? Dicen que con el
oro todo se alcanza.

— No basta el oro. Es necesario que le acompañe el
ingenio, y esta clase de ingenio no hay quien le tenga,
solo reside en las mujeres.

— ¿Segun eso me abandona Vd. por completo la in-
vención de la fábula que para dar una satisfaccion al
público necesitamos urdir? ¡Estos son los hombres!
Cuando hemos conseguido despertar el amor en su alma
con una mirada, con una palabra, se arrojan á nuestros
piés y nos ofrecen toda su vida. Fingimos no quererlos

y entonces nos ofrecen cuantas pruebas podemos de-
sear; pasa algun tiempo, la mujer es débil, cree, y el
hombre dichoso la arroja en el abismo... Bien está.
Puesto que Vd. no quiere hacer nada, yo que soy mas
culpable y mas feliz que Vd., trabajaré sola... Pero algo
me ha de ayudar usted.

— Estoy á sus órdenes, marquesa.

— ¿Quiere Vd. darme una credencial para un joven
á quien protejo?

— ¿Usted? preguntó el hombre público.

— No vaya Vd. á alarmarse, es un joven casado, de
posición modesta. Pero es tan honrado y tan infeliz, y
al mismo tiempo está tan abandonado de la fortuna,
que necesita un empleo modesto.

— Dícete Vd., dijo su interlocutor sacando del bolsillo
una cartera, y dentro de una hora tendrá lo que desea.

— Muy poca cosa, 12,000 reales al año. Sé que es di-
fícil el acceso en el ministerio que Vd. dirige.

— Para Vd. nada es difícil siendo ministro yo.

— Gracias, amigo mio, gracias. Hace Vd. bien, y quien
siembra recoge. Por lo demás, me basta con esa cre-
dencial para empezar mi plan de campaña.

— ¿Qué piensa Vd. hacer?

— Esa pregunta en boca de un político. ¿Cómo un
hombre que está continuamente conversando con los
diplomáticos mas hábiles del mundo incurre en esa fal-
ta? ¿Y la adivinación?

— Hay momentos en los que es necesario ser leales.

— Pues bien; figúrese Vd. que yo ahora quiero ser
diplomática. Envieme Vd. esa credencial lo mas pronto
posible y prométame Vd. antes de marcharse que cuan-
do le escriba dos renglones pidiéndole que venga, re-
petirá Vd. esta visita. No me haga Vd., por Dios, que
le envíe solicitudes.

— Adios, marquesa, dijo el personaje levantándose,
temo estar mucho tiempo al lado de usted.

— ¡Galanterías conmigo!...

— No, no es galantería; es que el alma sufre much-
viéndola á usted.

— Se va Vd. al polo opuesto.

— Adios, adios, marquesa.

El personaje salió precipitadamente del gabinete de
la marquesa, y esta sacó de su pecho un medallon, en
el que habia un retrato de niña, y le cubrió de besos
y de lágrimas.

Mas de dos horas le parecieron un minuto, porque en
ellas habia volado su imaginación, despertando de aque-
lla especie de éxtasis sobresaltada, movió suavemente
con su delicada mano el boton de nácar de una cam-
panilla eléctrica, y poco despues se presentó en la puer-
ta del gabinete su camarista.

Al dejarla en el lecho, en vez de dormir formuló la
marquesa el plan que habia concebido durante su en-
trevista con el hombre de Estado.

Al día siguiente dió orden á su mayordomo para que
escribiese una carta á su joven protegido, suplicándole
que fuese á verla en seguida.

La credencial estaba en su poder.

Pero me he extendido mas de lo que esperaba, la
historia es larga, y como su desenlace no se ha verifi-
cado aun, los detalles y el desenlace irán en mi próxi-
ma revista.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de octubre de 1869.

Sucesos de España.

EL ARZOBISPO DE VALENCIA PREDICANDO LA CONCORDIA ENTRE
LOS COMBATIENTES.

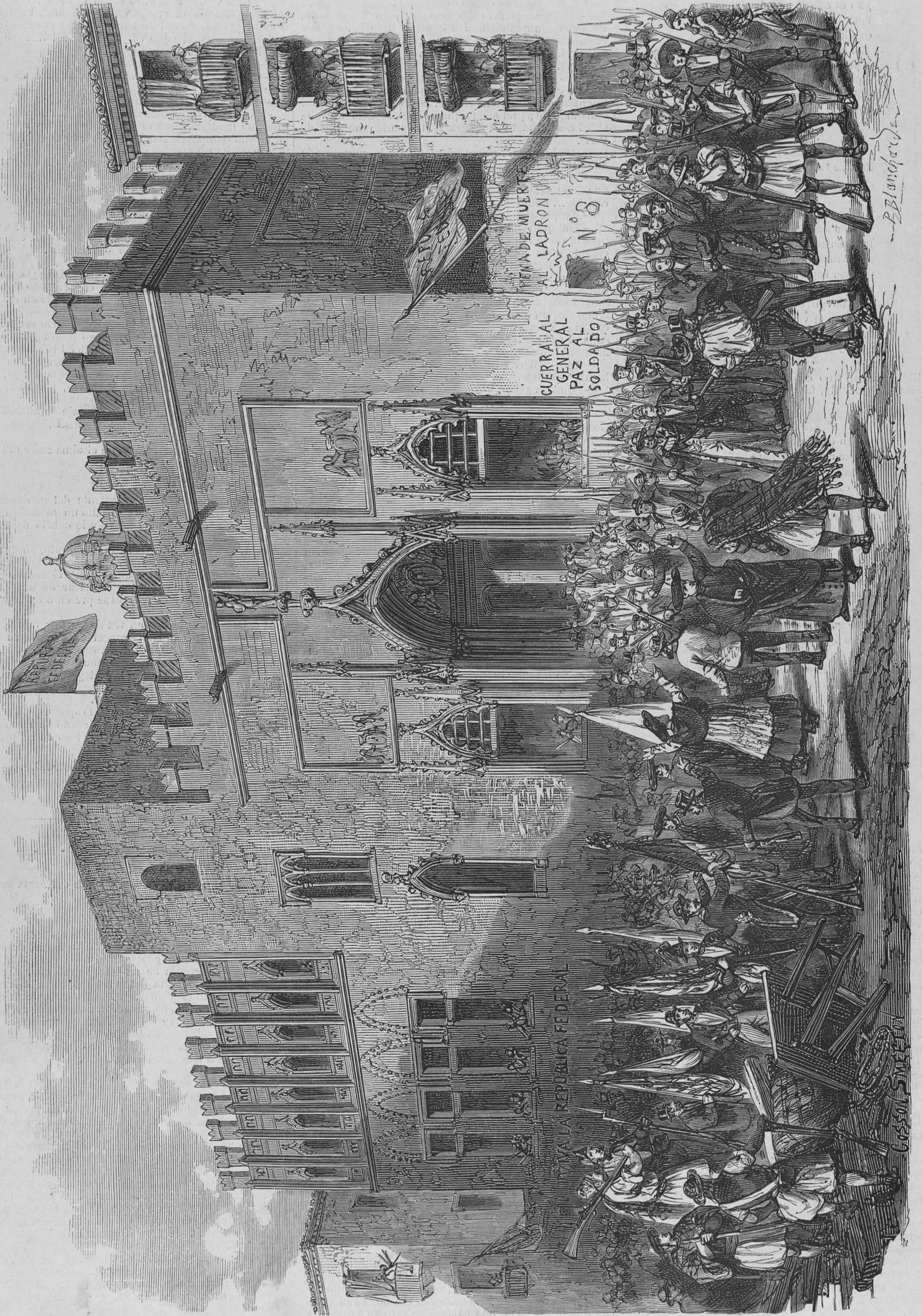
Hacia ya días que, como saben nuestros lectores, se
prolongaba la lucha en las calles de Valencia, sin que
las tropas del gobierno adelantaran nada y la población
se hallaba sobrecogida de un terror profundo. El 13,
una comision compuesta del arzobispo de la diócesis,
de algunos notables y de los cónsules extranjeros que
llevaban las banderas de sus respectivas naciones, qui-
so hacer una tentativa de conciliación, y despues de
haber conferenciado con los jefes republicanos, pasó al
cuartel general para hablar con las autoridades. Des-
graciadamente, no pudieron entenderse y continuó el
fuego.

En todos los puntos de la ciudad el arzobispo fué re-
cibido con señales del mas profundo respeto. En quan-
to resonaba la trompeta que anunciaba su presencia,
todo el mundo se descubria y los centinelas levantaban
al aire las culatas. Sollozos mal sofocados que se oían
dentro de las casas respondían á las bendiciones del ar-
zobispo, cuyos ojos estaban inundados de lágrimas.

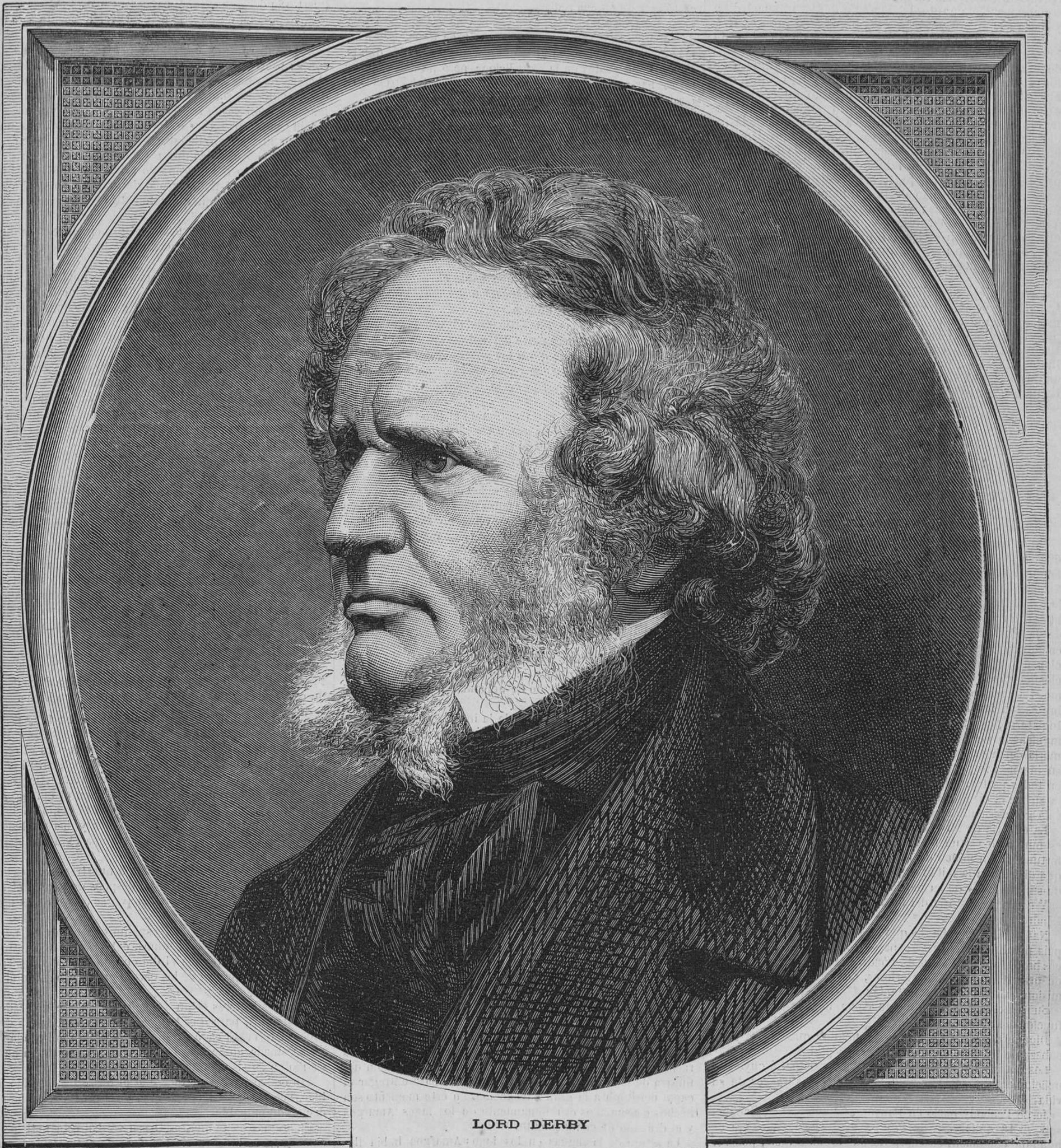
No debemos pasar en silencio el heroísmo de que han
dado pruebas las hermanas de la caridad y los médi-
cos; los establecimientos hospitalarios se llenaron de
heridos, que arrancaron á la muerte bajo el fuego cru-
zado de los combatientes. Eternamente conservará Va-
lencia la memoria de esos valerosos campeones de la
humanidad.

Nuestro dibujo está tomado de la plaza del Mercado,
delante de la Lonja, monumento de esa preciosa archi-
tectura del Renacimiento, que solo en la provincia de
Aragon se encuentra en España.

P. P.



ESPAÑA. — El arzobispo de Valencia predicando la concordia entre los combatientes.



LORD DERBY

Lord Derby.

Después de lord Palmerston, lord Derby: después del jefe del antiguo partido whig, el jefe del antiguo partido conservador. Con efecto, puede decirse que la Inglaterra acaba de perder uno de sus hombres de Estado más ilustres, y el partido tory ó conservador, el que consideraba desde hace veinte años como su jefe.

Lord Derby falleció el 22 de octubre último, de resultas de la enfermedad que dos años antes le había obligado á dar su dimisión de primer ministro y desde entonces le tenía apartado de la vida política activa.

Eduardo Geoffroy Smith Stanley, décimocuarto conde de Derby, nació el 29 de marzo de 1799 en el condado de Lancastre, en el palacio de Knowsley-Park, residencia de su familia, donde ha fallecido 70 años después.

Pertenecía á una de las más antiguas y nobles familias de Inglaterra, pues su origen se remonta á la época

de la conquista normanda: en 1485 fué elevada á la dignidad de par, hereditaria.

En lord Derby había dos hombres, el hombre público y el hombre privado. Si el hombre público fué enérgicamente combatido, el hombre privado mereció siempre el respeto de todos. Como representante de la aristocracia inglesa, lord Derby era la personificación de las cualidades que más admiran sus compatriotas, y de aquí su popularidad: era un caballero y un caballero inglés en toda la acepción de la palabra. Conocida es la afición al *sport*, á los caballos, á la caza y á las aventuras: él fué el fundador del gran premio de carreras que lleva su nombre: el *Derby*.

Las ocupaciones de la vida pública no le hicieron nunca olvidar los gustos literarios de su juventud: helenista distinguido, nos ha dejado una traducción en verso de Homero, muy estimada y que ha tenido ya varias ediciones.

El retrato que damos en este número reproduce con toda exactitud la acentuada fisonomía de lord Derby.

Naturalmente era caballeresco y ostentoso en sus maneras; se ha dicho de él que era « aristócrata desde los pies hasta el corazón. » El biógrafo no quiso subir hasta la cabeza, porque en efecto, la cabeza del conde, estaba muy lejos de ofrecer el tipo de distinción que generalmente se atribuye á la nobleza. Sus facciones no revelaban su raza y el pueblo, que suele expresar con figuras sus impresiones, le había puesto de sobrenombre el *Escorpion*.

Lord Derby ha bajado al sepulcro cargado de años y de honores. Desde 1830 era miembro del Consejo privado, y desde 1852, canciller de la Universidad de Oxford. Además era caballero de la Jarretera, vicepresidente de la Real sociedad de educación de Escocia, uno de los gobernadores de Charter-House, presidente del Colegio Wellington, miembro de la comisión permanente de las exposiciones, vice-protector del colegio medical de Charity-Cross, y vicepresidente del *Royal Literary Fund*.

Su muerte es un luto público: en cuanto corrió la

noticia por los condados, se pusieron señales fúnebres en los edificios y las tiendas se cerraron. Su soberana, como su país y cuantos le conocían deploran su pérdida y hasta sus mismos adversarios honran su memoria.

No pasamos ahora á detallar los actos de su vida de hombre público, porque la tarea sería larga. Bástenos decir que el conde Derby, lo mismo en la Cámara de los Comunes en la que entró á veinte y tres años, que en la Cámara alta, donde tomó asiento en 1844, después de la muerte de su padre, no representó y no defendió más que la antigua política de la aristocracia inglesa. En todos sus discursos, en todos sus ministerios, lord Derby se mostró defensor inflexible de los privilegios de la nobleza, de la Iglesia de Estado y de la gran propiedad, obstinado partidario del proteccionismo, encarnizado adversario de la democracia y de las reformas democráticas; y si á veces prestó su concurso á ciertas ideas liberales, fué menos por asociarse á ellas que por dirigir las en provecho de su partido. Su conducta política se inspiró, al parecer, más á menudo, en las tradiciones de raza que en los principios.

Pero lo viejo se concluye. Los whigs y los torios, los Capuletti y los Montechi de la política inglesa, ven cómo se apagan los odios del pasado. Por la reforma y por el último bill relativo á la Iglesia de Irlanda, lord Derby ha podido conocer que la antigua constitución inglesa se cae á pedazos, y el primer ministro de Inglaterra, hoy M. Gladstone, es un hombre de Estado que llama á nuestro siglo « el siglo de los obreros. »

H. V.

Revista de Paris.

Un telegrama de Inglaterra que traían el lunes todos los diarios de Paris, decía lo siguiente: « Ha fallecido en Londres M. Peabody, el célebre filántropo millonario de los Estados Unidos. » A esta hora el telegrama en cuestión habrá dado la vuelta al mundo. En medio de las noticias políticas, á que parece principalmente consagrado el servicio de la electricidad, aquellas breves palabras descollaban como una excepcion, casi podriamos decir como una infraccion á la regla establecida; ¡Qué gran elogio fúnebre! La elocuencia de Bossuet palidece al lado de semejante laconismo. Ha muerto el primer filántropo del siglo, cuyo nombre es tan familiar á los ingleses y á los americanos, y la Inglaterra, que tantos beneficios le debe, se apresura á comunicar la noticia como el primer tributo pagado á la memoria del hombre que supo hacer un uso tan laudable de su inmensa fortuna. Tributo merecido, que debe tener eco en todas partes, siquiera sea para dar á los favorecidos por la suerte el ejemplo del agradecimiento de una gran nación á la generosidad de un hombre.

La historia de M. Peabody es digna de ser conocida, pues es muy raro ver un hombre que se hace por sí mismo una fortuna de un millon de libras esterlinas, y más raro aun, que distribuya la mitad de esa cantidad entre los pobres de su país y los de su patria adoptiva.

Y esa es la historia del filántropo que acaba de morir en Londres.

Nadie sino él sabe lo que ha dado á los pobres de su país natal (Massachusetts); pero si se sabe que en tres veces ha dado á los pobres de Londres más de la cuarta parte de un millon de libras esterlinas, distribuidas por una comision presidida por lord Stanley.

Su generosidad venia á ser como una institucion que funcionaba ordenadamente.

Digamos, pues, quién era este hombre que figura á la cabeza de los filántropos de nuestro siglo.

Los diarios ingleses traen abundantes datos, á cuyo beneficio vamos á resumir aquí los principales rasgos de su vida.

Jorge Peabody nació en Danvers, Estado del Massachusetts, el 18 de febrero de 1795, y aunque su padre era de humilde condicion, se enorgullecia de su origen, por ser descendiente de uno de aquellos peregrinos que atravesaron el Atlántico precedidos por M. Pen.

Desde su infancia Jorge se acostumbó á contar nada más que con sus propias fuerzas.

A los once años entró de dependiente en una tienda de comestibles, donde permaneció cuatro años, y luego pasó á una tienda de novedades situada en Newbury, que fué destruida por un incendio.

Recordando entonces que tenia un tio llamado John Peabody, avecindado en el distrito de Columbia, fué á su casa, y muy en breve dió tales muestras de inteligencia, que le pusieron al frente de los negocios.

Posteriormente un capitalista, M. Riggs, le buscó como socio, y el establecimiento que fundaron alcanzó en corto tiempo una gran prosperidad; en 1815 se trasladaron á Baltimore, y siete años después abrieron sucursales en Nueva York y en Filadelfia, hasta que por último, M. Riggs se retiró y Jorge Peabody se encontró al frente de una de las principales casas de comercio de los Estados Unidos.

En 1837 pasó á Londres con la idea de establecerse, y en 1840 dejó todos sus asuntos de América para abrir una casa de banca en la Cité, que no tardó en adquirir la confianza pública.

Cuando la gran Exposicion universal de 1851, contribuyó

sobremenera á que el comercio americano figurase dignamente en aquel concurso de todas las naciones, lo que le costó más de 15,000 dollars.

En 1852 un simple particular se ofreció á salir en busca de sir John Franklin: era el doctor Elisha Kane, que además ofrecía el buque, si el Congreso, por su parte, quería sufragar los gastos de la expedicion; pero pasaba tiempo, no se hacia nada y entonces M. Peabody adelantó el dinero.

Por esta razon se lee en los mapas modernos el nombre de PEABODY-LAND (tierra de Peabody), en las riberas septentrionales descubiertas por el intrépido viajero.

En 1856 M. Peabody visitó su país natal al cabo de veinte años de ausencia, y lo mismo en Danvers que en Baltimore, Nueva York y Boston le hicieron una acogida ostentosa.

En Danvers, capital del Maryland, habia dado en 1841 medio millon de dollars para establecer un colegio, y en 1847 dió otra cantidad igual en Baltimore con los mismos fines.

En cuanto á las cantidades que habia enviado anteriormente á las sociedades de educacion del Sur, importaban más de dos millones de dollars.

Sin embargo, todas estas liberalidades debian quedar eclipsadas con la cuarta parte del millon de libras esterlinas (6.250,000 fr.), que dió á los pobres de Londres y que ha servido ya para fundar casas modelos para las clases obreras en diferentes barrios de la capital de la Gran Bretaña.

La reina dirigió una carta autógrafa al filántropo, donde le daba las más expresivas gracias.

Además le ofreció la baronía ó la gran cruz de la orden del Baño; pero M. Peabody declinó ambas distinciones, satisfecho con la esperanza de que nunca se olvidará el nombre de Jorge á secas, en los dos lados del Atlántico.

El año pasado añadió á esta noble donacion la de 100,000 libras esterlinas, y entonces la reina no sabiendo cómo agradecer tales actos de munificencia, se mandó hacer un retrato, que regaló á M. Peabody.

La Inglaterra, añade el *Times*, de donde tomamos los principales de los datos que anteceden, le erigió una estatua, cuya primera piedra colocó el príncipe de Gales en julio último en presencia del lord-corregidor, del gobernador del banco de Inglaterra, del embajador de los Estados Unidos, etc. La estatua se encuentra cerca de la Bolsa, debiéndose á un escultor americano la imagen del más notable protector de los pobres de Londres.

¿No es un ejemplo digno de señalarse á los millonarios de todo el universo?

Nos vamos acercando al día de la inauguracion del istmo de Suez, y todo se prepara á fin de que esta fiesta corresponda á la grandiosidad de la obra. Las caravanas de viajeros continúan saliendo de Paris, y este invierno el viaje á Egipto será una de las conversaciones más á la moda en los salones parisienses.

Las expediciones llevan consigo provisiones de toda especie. No hace muchas semanas publicamos en este periódico una vista de las pirámides, á cuyo pié se habia dispuesto un banquete servido por los hermanos Provenzales, y esto solo indicará al lector hasta dónde se lleva el lujo de las precauciones. No nos extrañaria que en el antiguo desierto encontraran los expedicionarios dulces de Boissier, perfumes de Guerlain y demás accesorios indispensables en el mundo fashionable.

Sin embargo, diremos que ni en aun presencia de la completa terminacion de tan magna obra, cejan en su tarea los detractores.

No hace muchos dias se anunció que habia encallado en las arenas el *Aigle*, á cuyo bordo viaja la emperatriz, noticia falsa, que fué desmentida veinte y cuatro horas después, pero que produjo su efecto en la Bolsa.

Muy al contrario de esto, los telegramas y las cartas recibidas de Egipto últimamente confirman la ejecucion definitiva de las últimas obras que faltaban para entregar el canal marítimo á la gran navegacion. En este momento son hechos consumados el relleno de los lagos Amargos y el dragado de complemento.

La altura de las aguas en los lagos Amargos habia llegado á tal punto, que ocho dias atrás, segun escriben de Suez, durante la marea baja se advertia en la parte del canal que enlaza los lagos Amargos con el golfo de Suez una corriente descendente. Este simple hecho contesta categóricamente á los que habian inventado esas absurdas fábulas de hendiduras abiertas en el canal, que le habian dejado seco. Los lagos están llenos, el canal tiene agua de un extremo á otro, y mientras se espera la inauguracion, se utiliza la gran comunicacion marítima entre ambos mares.

Un telegrama del 23 de octubre decía lo siguiente:

« Las obras continúan enérgicamente y su marcha rápida asegura el buen éxito de la inauguracion para el 17 de noviembre. La duquesa de Aosta se propone visitar las obras con M. de Lesseps. »

Otro telegrama recibido en Paris el 27 de octubre por la noche, decía:

« La duquesa de Aosta ha cruzado en catorce horas desde el Mediterráneo hasta el mar Rojo. Seguridad completa para la inauguracion. »

Finalmente, sabemos por conducto seguro que el 11 de noviembre, terminado el canal en toda la linea, se retirarán todas las dragas, y desde dicho día la via quedará libre para los buques.

La emperatriz, después de llegar al Cairo, ha partido para el Alto Egipto, de donde regresará para dirigirse á Puerto-Said.

El emperador de Austria asistirá decididamente á la inauguracion.

A los soberanos y á los príncipes que se disponen á dar con su presencia un testimonio patente de su simpatía por el canal de Suez y su promovedor, se agregarán delegados de las ciudades santas turcas de la Meca y de Medina. Esta manifestacion es digna de la obra civilizadora por excelencia: se realiza la « fraternidad de las naciones producida por una fraternidad de comercio, » segun la expresion de un periódico inglés que preveia el gran porvenir del canal con motivo del meeting de Bristol en 1857.

El emir Abd-el-Kader y uno de los principales cheiks de Argelia, deben dirigirse igualmente al istmo para asistir á la inauguracion.

El príncipe real de Prusia y el príncipe Oscar de Suecia van á reunirse con la emperatriz de los franceses y el emperador de Austria.

Una serie de anuncios comerciales publicados durante esta sola quincena en los periódicos, demuestran la actividad con que los armadores y las grandes compañías de navegacion se preparan á servirse del canal marítimo.

Estos armadores saben que el canal es un hecho consumado, y no se dejan influir por vergonzosas intrigas.

El *Messenger du Midi* acaba de resumir muy acertadamente en breves líneas la gran solucion obtenida con la cortadura del istmo, y consigna el movimiento universal que se ha producido ya en vista de la inauguracion de la nueva via.

« El acontecimiento que ocupa en este momento á la Francia, á la Europa y al mundo entero, dice M. Enrique Cozic, verificará en el comercio del mundo una verdadera trasformacion. La apertura del canal marítimo de Suez va á crear en efecto para el tránsito internacional de todos los pueblos una sola gran corriente, un solo *circulus*, como diria Pedro Leroux, que irá desde Calcuta á San Francisco por Bombay, Suez, Puerto-Said, Marsella, Paris, Nueva York y el ferro-carril del Pacífico.

» Ha llegado la hora solemne de la inauguracion, y no queda á los escépticos, á los envidiosos y á los pesimistas más recurso que inclinarse ante el hecho consumado. El canal está definitivamente terminado, y hé aquí el telegrama que la Compañía del Canal ha recibido en estos últimos dias de M. de Lesseps:

« Suez 28 de octubre. — Hemos salido esta mañana de Puerto-Said, y hemos llegado por la noche á Suez después de una travesía directa y continua en quince horas.

» FERNANDO DE LESSEPS.

Se han quitado las esclusas establecidas para el relleno del lago Tin sah y de los lagos Amargos. El mar de Coral, segun el poético lenguaje de Oriente, mezcla sus aguas con las del mar de las Perlas, y en el día es ya una viva realidad la ilusion que concibiera el genio de los Faedones, de los griegos, de los romanos y los pueblos modernos, esa ilusion entrevista como una obra fantástica al través de los siglos.

Muy luego pues podremos dar á nuestros lectores la noticia de la inauguracion oficial, después de la cual el canal marítimo quedará abierto á la navegacion de todas las naciones.

Mientras los parisienses esperan con afan esta noticia, comienzan á ocuparse de nuevo del crimen de Pantin, en razon á que se aproxima el día en que el procesado Troppmann va á responder de los cargos que pesan sobre él ante la justicia.

Nuestros lectores están ya suficientemente enterados de estos sucesos, para que tengamos que recordar tan deplorable historia. El cadáver del padre de la desdichada familia asesinada no ha sido encontrado, y Troppmann ha persistido en su sistema de denegaciones.

Sin embargo, hoy se dice que al fin se ha decidido á hablar, acosado por las preguntas y las pruebas, y que se ha declarado culpable.

Ignoramos hasta qué punto sea verdad esta noticia; pero como se presenta con ciertos visos de autenticidad, no podemos menos de hacernos cargo de ella.

Segun la confesion que se le atribuye, los hechos ocurrieron del modo siguiente:

Después de haber asesinado á Juan Kink el 25 de agosto en un llano situado cerca de Guebwiller, y después de haberse enterrado en cierto sitio, Troppmann pensó en deshacerse del hijo primogénito, á quien llevó á Pantin, y le asesinó y enterró, dos dias antes que á su infeliz madre, á pocos pasos de la zanja que muy luego debia servir de tumba á toda la familia.

El 20 de setiembre, Troppmann tomó un coche de alquiler y llevó á Pantin á la madre y los hijos menores.

Llegado al Camino Verde, hizo que se apeara la señora con la niña y el menor de los niños, y después de haber pasado las últimas casas que hay á la orilla de esa senda siniestra, entraron en la llanura.

Habia abierto la zanja en un sitio hondo, á fin de que no se pudiese ver desde el camino de Aubervilliers lo que allí pasaba. El coche esperaba al extremo del Camino Verde, y las sinuosidades de esta via impedian que el cochero sospechara el espantoso crimen que se iba á cometer á quinientos metros de distancia.

Troppmann se precipita como un rayo sobre la niña acbillándola á puñaladas y arrojándola viva todavía en la

fosa, y luego acomete á la madre, con la que empeña una lucha tanto mas horrible, cuanto que el niño asido á su ropa arrojaba gritos desgarradores, que fueron sin duda los que se oyeron en una fábrica de aquellas cercanías.

Pero muy luego cesaron los gritos, y el asesino, prosiguiendo su obra, se fué á buscar á los otros tres niños que estaban en el coche.

Los dos menores iban de la mano hácia la zanja, como les habia mandado Troppmann, y el otro les seguia á pocos pasos.

Este último era el mas fuerte de los tres, y por él empezó Troppmann. Arrojóle al cuello un nudo corredizo, le estranguló, degolló á los otros, y enterró á los tres con su madre y sus otros dos hermanos.

Hé ahí lo que se dice relativamente á las confesiones de Troppmann. No tardaremos en saber lo que hay de cierto en ello, pues dentro de dos semanas se abrirán los debates de esta causa horriblemente célebre.

Concluyamos con nuestra ojeada semanal á los teatros parisienses.

En la Grande Opera se ha cantado la *Favorita*, que hacia tiempo no se ejecutaba, y á cuyo desempeño ha contribuido el eminente barítono Faure.

Faure es, verdaderamente hablando, el sosten de la Academia Imperial de Música, y en cuantas funciones toma parte, la empresa puede contar de antemano con un gran éxito.

Así ha sucedido con la *Favorita* que, en suma, no nos ha ofrecido otro atractivo. En óperas tan conocidas, tan populares como esta de Donizetti, se han oido artistas tan sobresalientes, que no se puede menos de hacer comparaciones que siempre redundan en perjuicio de los artistas del día.

Repetiremos que el barítono Faure es una brillante excepcion en la Grande Opera, como lo es tambien en los Italianos la Adelina Patti.

El juéves último la incomparable artista se despidió del público de Paris con una representacion extraordinaria compuesta del acto primero de *Crispino*, del primero tambien de la *Traviata*, y de la escena de la locura de la *Lucia*.

El teatro ofrecia un golpe de vista inusitado. Las localidades todas se habian arrebatado desde por la mañana, y á la hora de la funcion, los que se quedaron rezagados invadieron el tercero y el cuarto piso, gozosos de encontrar allí lo que á ningun precio pudieron hallar en los principales.

No tuvieron lugar de arrepentirse, pues la Patti quiso hacernos sentir aquella noche todo lo que debiamos perder con su ausencia.

Graciosa como nunca en *Crispino*, interesante hasta lo sumo en la *Traviata* y *Lucia*, lució todos los encantos de su voz incomparable, sin la menor fatiga, como si sus maravillosas facultades la hubiesen dado aquella noche una fuerza excepcional para sostenerse á la misma altura en todo el curso de tan largo y trabajoso espectáculo.

¡Cosa singular! Los aplausos no fueron tan estrepitosos ni tan unánimes como de costumbre: parecia que el público abrigase cierto resentimiento contra la artista que dejaba Paris por Petersburgo. Sin embargo, veinte ó treinta ramilletes, que cayeron á sus piés, fueron la prueba de que contaba en el auditorio con admiradores entusiastas.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

ACHORÓZ.

(TRADICION VASCONGADA.)

(Conclusion.)

Mas le valiera
No haber nacido
Al que es del mundo
Miembro podrido,
Y sin conciencia
Ni penitencia,
Pasa la vida
Sin inquietud,
O al que hacen presa
Negros tormentos,
Vive entre impíos
Remordimientos,
Y, nuevo Judas,
Se agita en dudas
Que al fin le cierran
El ataúd

Alfonso infame
De alma de hiena,
No tolerando
La dicha ajena
Por un abrazo
Les tendió el lazo

De la venganza
Mas criminal:
Cortó á la escala
Su ligadura,
Y vió cayendo
Desde la altura,
Entrelazados
Y arrebatados
A la doncella
Y á su rival!...

En las almenas
De aquel castillo
Ayer se hallaba
Musgo amarillo,
Desde en su cumbre
De pesadumbre
Murió agobiado
Gomez Butron;
Hoy esos muros
Que nadie habita
Guardan al menos
Cristiana ermita,
Do los pastores
Por sus señores
Al cielo miran
Con devocion.

V.

Hasta aquí de mi trágica leyenda
Cuenta la tradicion, lector amigo,
Si del final no quedas satisfecho
Tampoco yo lo juzgo divertido.

Para dar fin á semejante historia
Mejor seria, en tu opinion me afirmo,
Enlazar á los dos enamorados
Sin reparar en rancios pergaminos.

O bien para el galan en aquel tiempo,
Contrariado su amor, fuera mas digno
Con la raza musulmica luchando
Una tumba exigir al heroismo.

Mas no quiero se tenga mi relato
Por parto de quimérico capricho;
Que pues es una historia la que cuento
A su verdad tradicional me ciño.

Inmediato á la villa de Vergara.
Famosa por la paz que en ella se hizo,
Y por el Seminario é Instituto
Que modesto aparece en su recinto,

Do en épocas lejanas se educaron
Mas de cuatro varones distinguidos,
Que lustre y esplendor dan á las armas,
Luz á las ciencias y á las letras brillo.

Saliendo para Elgueta á nuestra vista
Se ofrece una montaña en el camino,
Cuya falda humedece el manso Deva
Y su cúspide adorna un caserío,

Que misterioso llama al mencionarlo
El colegial y el labrador sencillo,
Porque hubo en su lugar otra vivienda
En tiempo de imperioso feudalismo.

Despues que en Mondragon se demoliera
De Zalquivar la torre y el castillo,
Habitaba la casa del misterio
Un hombre sepultado en el retiro,

Que al influjo de intrigas cortesanas
A su loca ambicion alcanzó un título
Y luchaba despues con un pasado
Negro como la boca de un abismo.

Yo me propuse averiguar su historia;
Oíla referir á un campesino,
Y supe que aquel hombre misterioso
Por apagar de su conciencia el grito,

Por aliviar su espíritu del peso
Abrumador de horribles extravíos,
En vez de retirarse penitente
En busca del ayuno y del cilicio,

Sin implorar del cielo la clemencia
Un día en su frenético delirio,
De San Marcial en la profunda cueva
Quiso medir el insondable abismo.

Este fué el desenlace de la historia,
Este el trágico fin del asesino
De Gonzalez el viejo castellano,
De Leonor de Butron y de Ramiro.

OBduljo DE PEREA.

EL VOLUNTARIO.

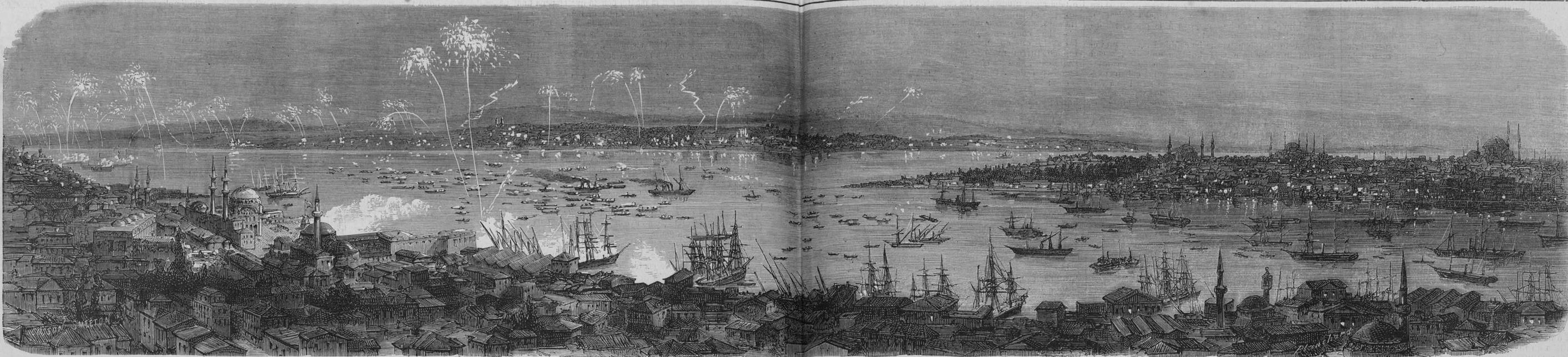
¡Ya estoy aquí, en la colina
Que da vista á la llanada!
¡A los azules torrentes!
¡A mi pajiza cabaña!
¡Cuán dulces son esos sitios!
¡Cuán apacibles las auras!
¡Y cuán gratos los cantares
De las aves en las ramas!
¡Cómo los gallos abajo
Saludan las alboradas!
¡Y los arroyos se rien
Al ver llegar la mañana!
¡Todo es alegre en los valles
Y en colinas y en cañadas!
¡Y de los techos pajizos
Azules humos se alzan!
¡Esa es la tierra querida
Donde pasé yo la infancia,
Y años dichosos al lado
De los seres que me amaban!
¡Allá distingo el cercado
Cabe el hogar, do pasaba
Sembrando frutos y flores,
Horas de delicia largas!
¡Y acullá, sobre el ribazo,
Las divididas majadas,
Y las verdes praderías
Do á mis jaradas llevaba!
¡Y percibo el campanario
Que de la capilla se alza,
Rompiendo el ancho follaje
De ceiras y encinas altas!
¡En esa humilde capilla
Recibí las dulces aguas
Del bautismo... allí mi madre
De niño me acompañaba!
¡Y aun se distingue una choza
Del pardo monte en la falda,
Oculta entre la arboleda
Como una paloma blanca!
¡Ese es el hogar risueño
En que conocí á mi amada,
Y donde se queda sola
Llorando mi ausencia amarga!
¡Y allá en las piedras del patio
De mi cabaña de paja,
Dos sombras negras percibo
Que dan voces y me llaman!
¡Esos son mis viejos padres
Que lloran por mí con su alma,
Y me dan sus bendiciones
Y su adiós sin esperanza!
¡Todo lo dejo!... ¡Adios valles!
¡Adios mis padres, mi amada!
¡Aves, brisas, fuentes, flores,
Hogar do nació, montañas!
¡Soy soldado voluntario
Y me voy á las batallas
A ganar riqueza y gloria,
A defender á mi patria!

J. TEMISTOCLES TEJADA.

SU RETRATO.

Negros sus ojos son, negros los rizos
Que flotan en su espalda:
Es su talle la palma del desierto,
Es el cuello del cisne su garganta.

Su frente es pura como el patrio cielo,
Sublime su mirada,
Y se entabren sus labios levemente,
Como el botón de rosa en la mañana,



Viaje de S. M. la emperatriz. — Constantinpla. — Fiesta nocturna en el Bósforo.

Su alma infantil por o mas santo anhele;
 A los que sufren ama,
 No sabe odiar, ni acariciar lisonjas,
 Tiene solo de amor dulces palabras.

Paloma virginal, al mundo tiende
 Recien sus blancas alas :
 ¡ Es un ángel de amor ! ¡ Feliz quien pueda
 Gozar su hechizo, poseer su alma !

CÁRLOS WALKER MARTINEZ.

Viaje á Oriente de S. M. la emperatriz.

La estancia de la emperatriz en Constantinpla ha producido en la capital del islamismo una emoci3n verdaderamente extraordinaria. El antiguo Oriente ha sufrido de su letargo : diríase que le ha entrado una fiebre.

En este punto todas las correspondencias están de acuerdo.

Muchos son los dibujos que hemos recibido de nuestros corresponsales; pero no pudiendo publicarlos todos en este número, nos limitaremos hoy á ofrecer á nuestros lectores los dos principales, esto es, la entrada de la emperatriz Eugenia en Constantinpla y la visita de S. M. á Santa Sofía.

Sabido es que el panorama de la antigua Estambul es uno de los mas bellos espectáculos del globo. La emperatriz, atraída sin duda por las magnificencias de esa vista única en el mundo, se adelantó al gran visir y al embajador, y se presentó al sultan diciendo : « Por ver cuanto antes á Vuestra Alteza he sacrificado al gran visir. »

En la visita á Santa Sofía pudo contemplar la emperatriz el templo que sirve de blanco á las ambiciones del panslavismo. Pero si la Rusia le codicia, la Turquía desea conservarle, y ese antagonismo secular producirá todavía mas de un choque.

Sin embargo, los turcos no se acuerdan ahora de tales peligros. La visita de la emperatriz parece haber unido mas íntimamente sus destinos con los de la Francia, y las relaciones de esa visita constituyen la única preocupacion del momento.

La impresion que ha causado ha sido particularmente profunda en las mujeres turcas.

Por todas partes se veía á las mujeres turcas mezcladas entre la muchedumbre ; eran las que mas se afanaban por ver á la emperatriz Eugenia. Los honores tan extraordinarios que se hacían á una mujer, el sultan inclinándose delante de ella, las inspiraban el sentimiento de la dignidad de su sexo. Las puertas del harén se entreabren, y se han visto algunas temerarias que yendo en carruaje bajaron su *yachemaque* y se mostraron á cara descubierta.

Es verdaderamente extraordinario. La emperatriz ha ocupado bien su tiempo : revista de tropas, gran comida en el palacio del sultan, visita á la sultana Valide, iluminaciones, toda una semana de fiestas y magníficas demostraciones que hicieron decir á la soberana : « Me parece que esto es un sueño y temo despertarme. »

P. P.



Viaje de S. M. la emperatriz. — Constantinpla. — La emperatriz visitando la mezquita de Santa Sofía.

Episodios de la vida de un naturalista.

(Conclusion.)

Para mayor dificultad, sucede á menudo que se cruzan muchos senderos ; y entonces, á menos que el explorador esté muy familiarizado con aquellos sitios, mejor le será detenerse, echarse en el suelo y aguardar á que se disipe la niebla. En tales circunstancias, los mejores leñadores se hallan expuestos á extraviarse por algun tiempo ; y me acuerdo de haberme yo mismo arriesgado en el bosque, persiguiendo á un cuadrúpedo herido que me llevó muy lejos de los caminos trillados. Habia el leñador caminado algunas horas, cuando comenzó á notar que debía de estar mas allá del lugar donde acostumbraba detenerse. En el momento en que iba despejándose la niebla, advirtió con el mayor asombro que el sol estaba ya en la altura de medio día, sin que pudiese reconocer ninguno de cuantos objetos le rodeaban.

Jóven, robusto y activo, creyó que habia caminado mas á prisa que de costumbre, y que habia dejado tras sí el lugar adonde se dirigía. Dió la vuelta y tomó otra direccion, guiado por un débil rastro. Iba pasando el tiempo, y el sol seguía recorriendo el horizonte. Vióle declinar hácia el Occidente, y en derredor todo permanecia como envuelto en un velo misterioso.

Arboles que contaban siglos de existencia cruzaban sus extendidas ramas sobre su cabeza; la espesa yerba crecia por todas partes; ni un solo viviente le salía al paso, todo permanecia en silencio; venia á ser el espectáculo de un sueño monótono y triste de la region del olvido.

El leñador caminaba tambien errante como un alma solitaria que ha atravesado el pais de las fantasmas, sin encontrar un ser de su especie á quien dirigir una palabra.

La situacion de un hombre perdido en los bosques es mas cruel de lo que pudiera imaginarse. Para formarse de ella una idea, es preciso haber pasado por alguno de sus episodios. Al principio se cree reconocer cuantos objetos se descubren, y cuando con la mayor ansiedad vamos buscando otros que puedan servirnos de guia, nos extraviamos mas y mas á medida que adelantamos. Esto mismo le sucedió al leñador.

El sol, al ponerse, tenia aquel color rojizo que pronostica el intenso calor del día siguiente; sus rayos, apagándose por grados, no dejaron por fin en el firmamento mas que un gran disco de fuego. Millares de insectos, alegrándose de su partida, poblaron el aire zumbando, las ranas salian de las agnas cenagosas donde habian estado ocultas durante el día, la ardilla se retiraba á su madriguera, el cuervo á su rama nocturna, y la bronca voz de la garza real anunciaba su vuelta á las yerbas del lago.

No tardó en resonar el bosque con los ásperos gritos del buho, y la brisa que se deslizaba por entre las columnas vegetales llegó cargada de gotas de un rocío helador. ¡ Y la luna no derramaba su plateada luz sobre aquella escena sombría !

El leñador se tendió en el húmedo suelo, y ya no trató de arrastrar mas lejos su cuerpo, postrado de fatiga. La oracion es un consuelo para el hombre en las circunstancias mas arduas y azarosas. El leñador elevó á Dios su corazón, é implorandole para su familia una noche mas feliz que la que él iba á pasar, aguardó á que amaneciera con agitacion calenturienta.

No es difícil adivinar cuán larga le parecería aquella noche helada, monótona y sin luna. Con la aurora volvió la niebla tan común en aquellos climas. El infeliz leñador se levantó, y con el corazón lleno de tristeza emprendió otra vez la marcha, esperando descubrir algún objeto que le fuese familiar, aunque realmente apenas supiese lo que hacía.

Ni la menor señal de senda se ofreció á su vista, y no obstante, cuando el sol apareció en el horizonte, calculó las horas de día que le quedaban, y apresuró el paso cuanto le fué dable al través del bosque; pero salieron vanas todas sus esperanzas. Todo aquel día se pasó en inútiles esfuerzos para hallar otra vez el camino de su morada, y cuando volvió nuevamente la noche, el terror, que iba siempre en aumento, la fatiga, la zozobra, el hambre y una debilidad nerviosa le redujeron casi á la desesperación; me aseguró que en aquellos momentos se había golpeado el pecho y mesado los cabellos.

A no ser por los sentimientos de religión que en la niñez le habían inspirado sus padres, hubiera maldecido su existencia. Acosado por el hambre, se arrojó al suelo y se alimentó de las raíces que crecían en torno suyo. Esta segunda noche redobló sus terrores y angustias.

— Conocía mi situación, me decía él, y estaba bien persuadido de que, á menos de venir en mi socorro el Todopoderoso, había de morir necesariamente en aquel desierto. Había andado mas de cincuenta millas sin haber encontrado un arroyo en que apagar la sed, ó á lo menos calmar el ardor que abrasaba mis secos labios y mis ojos enrojecidos. Sabía que si no hallaba algunas gotas de agua, debía perecer, porque el hacha era mi única arma. En vano se levantaban á corta distancia de mí los osos y venados: me era imposible matar uno. Me hallaba en medio de la abundancia sin poder proporcionarme un solo bocadillo con que satisfacer el hambre horrorosa que me acosaba. ¡Ah, señor, Dios os libre de hallaros jamás en un apuro semejante!

A fuerza de sufrimientos llegó á perder la memoria de cuanto le había sucedido.

— Dios al fin, me dijo, se compadeció de mí, haciéndome encontrar una tortuga. Yo la contemplaba enajenado de gozo, y aunque no ignorase que si quería seguirla sin precipitarme, ella me llevaría á alguna corriente de agua, el hambre y la sed no me permitieron aguardar un momento en devorar su carne y apurar su sangre. De un hachazo partí el animal en dos pedazos, y al cabo de algunos instantes no me quedó mas que la concha. ¡Ah! ¡con qué amor dí gracias á Dios, que se había dignado enviarme aquella presa! Hallábame muy fortalecido. Sentado junto á un pino, levanté los ojos al cielo, me acordé de mi pobre esposa y de mis hijos, renové mis acciones de gracias, y mas confiado que antes, me pareció que no podía tardar en hallar un camino y mi ansiado albergue.

Toda la noche permaneció el leñador al pié del árbol debajo del cual había comido. Algo repuesto por algunas horas de sueño, emprendió otra vez su penosa marcha; el sol era ardiente, y el leñador procuró seguir la dirección de las sombras. No obstante, iba á caer nuevamente en su desesperación, cuando descubrió un raton agazapado debajo de la yerba. Levantando el hacha, la descargó con tal violencia sobre el animalito, que lo mató al primer golpe. Con él hizo lo que había hecho con la tortuga.

Continué después, no me atrevo á decir su viaje; porque si bien conservaba el uso de todos sus sentidos, se hallaba mas embarazado que un ciego que en los corredores de una cárcel anda á tientas buscando una salida que no conoce.

Pasaron días y días, semanas y mas semanas. El leñador se alimentaba unas veces de cogollos de palmito, otras de ranas y serpientes, pareciéndole siempre delicado todo lo que comía. Sin embargo, iba poniéndose flaco y extenuado, hasta que al fin apenas podía andar. Cuarenta días, según sus cálculos, habían trascurrido, cuando llegó á la orilla del río.

Sus vestidos estaban enteramente destrozados, su hacha, en otro tiempo tan brillante, estaba tomada del hollín, su barba y sus cabellos revueltos y sucios, su cuerpo parecía un verdadero esqueleto cubierto de una piel apergaminada.

Habiase tendido en la arena para morir, cuando en medio del confuso delirio de su imaginación calenturienta, le pareció oír el ruido de los remos de una embarcación que subía por el silencioso río. Aplica el oído, pero aquel sonido consolador va perdiéndose á lo lejos; ha sido un sueño, la postrera ilusión de la esperanza. Hallábase quizá en el momento de espirar, cuando repentinamente un nuevo ruido de remos, bien distinto esta vez, le sacó de su letargo.

Escuchaba con tanta avidez, que hubiera sido difícil que el vuelo de una mosca se hubiese escapado á su oído; bien pronto aquel ruido acompasado que se iba acercando se mezcló con voces humanas. El corazón del desgraciado latió de gozo; aun tuvo fuerza para levantarse.

El ojo de Dios vió á aquel infeliz arrodillado junto al ancho río que brillaba con los rayos del sol; y en la misma posición le descubrieron luego los hombres, porque después de haber doblado un cabo cubierto de maleza, fué adelantando el bote empujado por sus robustos remeros. El leñador lanza un débil grito, un grito de alegría y de temor. Los remeros se detienen y miran en derredor. Llega hasta ellos otro grito mas débil, y descubren al que los llama.

El bote se dirige á la orilla; el corazón del hombre

extraviado acelera sus pulsaciones, su vista se turba, su cabeza se desvanece, su pecho se hincha jadeando. Llega el bote, su proa ha tocado ya á la playa; ¡el leñador perdido es encontrado!

No es esto una ficción; me he ceñido á referir un hecho que un autor de novelas hubiera embellecido con adornos, pero que para mí es preferible en el candoroso estilo de la verdad. Lo he escrito en la cabaña misma del leñador, cuatro años después de su triste aventura; su esposa é hijos estaban presentes, y jamás olvidaré las lágrimas que derramaron al escuchar quizá por la vigésima vez esta patética historia.

Debo añadir á lo dicho que la distancia que mediaba entre la cabaña del leñador y el bosque á que se encaminaba, no pasaba de ocho millas; mientras que el río en cuyas orillas se le encontró, distaba 38 millas de su morada.

Calculando que cada día anduvo 10 millas, puede creerse que caminó á lo menos 400 millas. Debía pues haber errado en una continuidad de círculos, como sucede en tales circunstancias. Habíase requerido toda la robustez de su constitución, con el auxilio misericordioso de Dios, para sobrellevar tan larga prueba.

II.

EL INCENDIO DE LOS BOSQUES.

¡Con qué satisfacción me he sentado alguna vez á la chispeante lumbre de una cabaña solitaria, después que postrado de fatiga, helado por el soplo penetrante del cierzo, había llegado á un albergue á través de la espesa capa de nieve que como una vasta sábana cubría toda la comarca! La buena y amorosa madre adormece acariciándole á su tierno hijo, mientras que un grupo de robustos niños rodea al padre, que vuelve de la caza y deja sobre el tosco pavimento de la choza las piezas que ha muerto.

El grueso tronco que arde en el hogar y que á costa de no pocos esfuerzos ha sido arrastrado hasta debajo de la ancha campana de la chimenea, provocado por ligeras ramas de pino, despide una llama brillante, reflejándola sobre la venturosa familia. Los perros del cazador empiezan á lamer los pequeños carámbanos medio derretidos que brillan como diamantes en sus erizados pelos, y el gato, amigo de su comodidad, pata grave y la pata por cada oreja, ó con la lengua algo áspera pule su reluciente traje.

¡Cuán grato me ha sido el recibimiento que con patriarcal hospitalidad me han hecho bajo semejante techo personas que desgraciadamente eran mas generosas que ricas! Después de terminada nuestra comida, que, aunque frugal, era abundante, entraba en conversación con mis huéspedes acerca de todos los asuntos que me interesaban, recibiendo de ellos una instrucción no menos provechosa que agradable.

La madre tomaba el libro de los libros y pedía á sus hijos con la mayor dulzura que guardasen atención mientras que el padre leía en voz alta. Las humildes plegarias de la cabaña se elevaban hasta los cielos, y se pedía noche feliz para todas las personas queridas, ya estuviesen cerca ya lejanas.

Tendía por fin mis cansados miembros sobre una piel de búfalo, cubriéndome con otra de oso, y en este delicioso lecho venía el sueño á cerrar mis párpados. ¡Qué sueños tan gratos! al abrigo de todo riesgo, protegido contra la intemperie, ¡soñaba con la casa paterna, soñaba que era dichoso!

Acuérdome particularmente de una noche que pasé de esta manera en la provincia de Maina. Al despertarme el día siguiente, la naturaleza presentaba un aspecto sombrío á causa de la lluvia que caía cual una inmensa catarata; mi obsequioso huésped me suplicó con tantas veras que me quedase, que no pude menos de aceptar su cordial ofrecimiento.

Concluido el desayuno, dióse principio á los trabajos del día; los tornos de las mujeres empezaron á dar vueltas, los niños se ocuparon, el uno leyendo una obra de geografía elemental, y el otro buscando la solución de un problema de aritmética; en un rincón estaban los perros soñando con la caza, mientras que colocado cerca del hogar, el gato dejaba oír aquel ruido peculiar á la raza gatuna. Mi huésped y yo nos sentamos cada uno en un taburete, dejando al ama que despachara los quehaceres de la casa.

— Michito, dijo esta dirigiéndose al gato, quitate de ahí, ayer noche me pronosticaste la lluvia de esta mañana, y cuidado no quieras darnos ahora una noticia peor con el diabólico retozo de tus patas.

Dócil el gato á aquella voz, se alejó, saltó en una cama, y arrollándose aguardó mas silenciosamente el sueño. Pregunté á mi huésped qué es lo que había querido decir su esposa con aquellas palabras.

— Mi mujer, respondió, de tarde en tarde tiene ideas muy singulares, y cree, según parece, en los pronósticos de los animales de toda especie; pero lo que acaba de decir al gato alude al incendio de los bosques que nos rodean. Aunque han trascurrido algunos años desde aquel acontecimiento, sin embargo, al recordarlo, tiembla como si hubiese sucedido ayer. Debo añadir con todo, que nos costó sobrado caro para que al traerlo á la memoria no nos cause inquietud; porque aquella fué para nosotros una verdadera calamidad.

Habia oído hablar del incendio á que se refería la contestación de mi huésped, y habiendo frecuentemente observado con sentimiento el triste estado de las selvas,

estaba ansioso de saber las causas de su devastación. Mi huésped consintió gustoso en satisfacer mi curiosidad. Hé aquí, poco mas ó menos, su relación:

— Hará como unos veinte y cinco años que casi todos los abetos que en América llamamos árboles de hackmitach, fueron muertos por los insectos. Lo mismo sucedió con todos los otros árboles verdes, tales como los alerces y cedros. Todas las hojas eran roídas por los insectos; y es sabido que los árboles verdes perecen cuando pierden las hojas de esta manera. Al cabo de algunos años, abetos, alerces y cedros fueron cayendo en todas direcciones y cubrieron el suelo con sus ramas entrelazadas. Medio secos ya, y teniendo debajo un espeso lecho de hojas y restos de otros vegetales, aquellos árboles de naturaleza resinosa se encendían fácilmente, ya se les pegase fuego de intento, ya por casualidad. El incendio se extendía con una rapidez asombrosa, cortaba todas las comunicaciones, detenía sus estragos alguna vez, pero repentinamente estallaba con mayor violencia.

Supliqué entonces que me diese alguna idea de la forma de los insectos que habían causado aquella devastación.

— Eran, me respondió, unos insectos de la especie de las orugas, largos unas siete ú ocho pulgadas, y verdes como las hojas que devoraban. Debo añadir también que en la mayor parte de los lugares por donde pasó el fuego crece ya un nuevo bosque compuesto de esos árboles que llamamos de madera dura y que comprende todas las especies, á excepción del pino y del abeto. Siempre he observado que en cualquier parte que ha sido destruido el bosque primitivo, ya sea por el hacha, el huracán ó el fuego, nace espontáneamente otro de diferente especie para reemplazarlo.

Interrumpí de nuevo á mi huésped para preguntarle si sabía cuál había sido la causa del incendio de la primera vez.

— ¡Ah! me dijo, en esta parte difieren mucho las opiniones; algunos lo atribuyen á los indios, los cuales por este medio esperaban vengarse de sus enemigos las Caras Pálidas, ó al menos poder matar mas fácilmente la caza. Yo soy de otro dictámen, y me fundo en la experiencia que he adquirido habitando toda mi vida en los bosques; siempre he creído que el fuego provino de la caída accidental de un tronco seco contra otro, porque el solo roce de dos cuerpos resinosos basta para producir la llama. La hojarasca que cubre el suelo se enciende fácilmente, pasa después el fuego á las ramas y troncos mas delgados, hasta que por fin se desarrolla el incendio con un furor que solo Dios puede calmar. Algunas veces, empujado por el viento, el elemento destructor se acercaba á la morada de los habitantes de los bosques con tal celeridad, que difícilmente se libraban de él. Algunos centenares de familias han tenido que escapar precipitadamente, abandonando todo lo suyo; y hasta ha sucedido que aterrados algunos de los fugitivos, han sido alcanzados y devorados vivos por las llamas.

Continuaba mi huésped su relación, cuando se introdujo en la chimenea una ráfaga de viento que derramó por toda la habitación una fuerte oleada de luz. Las mujeres figurándose que acababa de prenderse fuego en los bosques, se precipitaron hácia la puerta; mas luego se recobraron del susto al ver subir tranquilamente la llama por su conducto natural.

— ¡Pobrecillas! dijo mi huésped, lo que estaba contando ha despertado sus temores, trayéndoles á la memoria aquel día en que un incendio espantoso nos arrojó á todos de nuestro albergue.

Lo que acababa de oír excitó en mí el mas vivo interés; así que le rogué me refiriese todas las particularidades de aquel funesto acontecimiento.

— Si Prudencia y Polly, dijo dando una mirada á su esposa y á su hija mayor, me prometen permanecer tranquilas en sus asientos, aun cuando bajase por la chimenea una ráfaga como la anterior, estoy pronto á complacerlos.

Su bondadosa sonrisa hizo aparecer en los labios de aquellas mujeres otra sonrisa de confianza, y satisfecho con esta contestación muda, continuó de esta manera:

— Estábamos una noche durmiendo en una cabaña que dista una milla, poco mas ó menos, de aquí; cuando dos horas antes de que amaneciese, nos despertaron de repente los relinchos de nuestros caballos y los berridos de nuestro ganado que estaba en el bosque. Cogí una carabina y corrí á la puerta para ver si alguna fierra causaba aquella alarma, y quedé asombrado por un vivo resplandor que se reflejaba en todos los árboles que podía alcanzar mi vista al través del bosque. Mis caballos daban brinco y relinchaban de espanto, y los bueyes corrían levantando la cola. Dando la vuelta á la casa, oí distintamente el chisporroteo de la maleza que se quemaba y ví que la llama se adelantaba hácia nosotros. Entré presuroso á avisar á mi esposa que se vistiese con la niña y cogiese el poco dinero que teníamos, mientras yo buscaba nuestros dos mejores caballos para ensillarlos. En un abrir y cerrar de ojos estuvo todo corriente, porque veía que los instantes eran preciosos. Montamos en seguida á caballo y nos alejamos del fuego. Mi esposa, que es una excelente jinete, me seguía de cerca; yo estrechaba entre mis brazos á nuestra hija mayor, que á la sazón era muy niña. Huyendo, volvímos la cabeza y vimos que el espantoso fuego seguía nuestras pisadas y había llegado ya á la cabaña. Afortunadamente llevaba una bocina atada á mi chupa de caza; la toqué con todas mis fuerzas para reunir, si era posible, todo nuestro ganado y los per-

ros. Comparecieron al instante y anduvieron siguiéndonos por algún tiempo; mas apenas había pasado una hora, cuando todos los bueyes y vacas echaron á correr cual si estuvieran locos, al través de los bosques, sin que jamás haya oído hablar de ellos desde entonces. Hasta los mismos perros, poco antes tan dóciles, se volvieron de repente sordos á mi voz, y se precipitaron sobre los venados que huían á manadas por delante de nosotros para librarse de la muerte. De tarde en tarde oíamos las bocinas de nuestros vecinos, y de ahí inferíamos que se hallaban en igual peligro que nosotros. El valor no me faltó un instante, y decidido á salvarnos á todo trance, me acordé de un gran lago que estaba á algunas millas de distancia, cuyas aguas podían detener la marcha de las llamas. Dije á mi mujer que espolease á su caballo, y partimos á rienda suelta. No aflojamos el paso de nuestros caballos hasta que tropezamos con obstáculos harto difíciles de superar. De continuo veíamos detenida nuestra marcha por los árboles caídos y la maleza seca que parecía colocada allí de intento, como para servir de pábulo al torrente de fuego que nos acosaba. Sentíamos ya el calor; nuestros caballos podían caerse rendidos de fatiga; una brisa muy fuerte soplabá sobre nuestras cabezas, y el resplandor de la atmósfera apagaba la luz del día naciente. En aquel instante experimenté un leve desfallecimiento, ví la palidez en los labios de mi esposa, mientras que por el contrario, el rostro de nuestra hija tomaba un encarnado muy subido que venía á aumentar nuestra tristeza y ansiedad. Diez millas se andan fácilmente con caballos corredores; con todo, al llegar á las orillas del lago estábamos cubiertos de sudor y postrados. El calor y el humo iban haciéndose intolerables y las oleadas de fuego se adelantaban por momentos hacia nosotros con un efecto imposible de describir. Llegamos por fin á la orilla, dimos la vuelta al lago, sin apartar la vista del agua, y después abandonando nuestros caballos, que no volvimos á ver, nos metimos entre las cañas, donde permanecimos acurrucados, confiando apenas librarnos del fuego: mas la impresión del agua nos refrescó y disminuyó nuestro cansancio. El incendio avanzaba siempre, devorando cuanto encontraba al paso: ¡ojalá nunca volviésemos á ver un espectáculo como aquel! Hasta el mismo cielo presentaba un aspecto aterrador, parecía una inmensa bóveda enrojecida, por la que pasaban y volvían á pasar espesas nubes de humo. Nuestros cuerpos gozaban de la frescura del lago; pero nuestras cabezas se abrasaban, y la niña, que comenzaba á comprender el peligro á que estábamos expuestos, lloraba de un modo que nos sajabá el corazón. Pasóse el día y tuvimos hambre. Algunas fieras vinieron á sumergirse en el agua cerca de nosotros, y otras permanecieron á nuestro lado sin pararse en que nosotros estuviésemos tan cerca. Tenía conmigo la escopeta, hice un esfuerzo, la apunté á un puerco espin, y después de haberlo muerto, probamos de comer su carne. Difícil me fuera explicar cómo pasamos aquella noche. El incendio había cubierto el suelo de sus humeantes restos, los árboles ardían en pie por algún tiempo cual si fueran pilares de fuego, ó caían cruzándose con otros. De repente nos veíamos envueltos por un humo negro y sofocante, y después sentíamos caer sobre nosotros una lluvia de ceniza. Lo repito, no sé cómo describir aquella noche que no ha dejado en mi alma mas que un recuerdo de terror.

Al llegar aquí, se detuvo mi huésped y tomó aliento, como si le hubiera cansado su relación: su esposa nos propuso que tomáramos un vaso, su hija nos lo presentó y aceptamos.

— Ahora, dijo mi huésped, voy á continuar. Hácia la mañana, aunque el calor seguía siempre el mismo, el humo iba disminuyendo, y llegaban hasta nosotros algunos soplos de aire fresco. Cuando amaneció, todo estaba tranquilo, el humo se disipaba poco á poco, aunque incomodaba bastante con su olor desagradable. Entonces sentimos el frescor del agua de un modo algo incómodo, y temblamos como en una accesión de calentura. Salimos por fin del lago, y nos acercamos á un tronco de pino que aun ardía para calentarnos. ¿Qué iba á ser de nosotros? Esta idea nos llenaba de zozobra. Mi esposa apretó nuestra hija contra su seno y lloró amargamente; pero Dios nos había conservado en medio del peligro mas espantoso, y me pareció que sería mostrarse muy ingratos hacia Dios y una prueba de imperdonable cobardía el abandonarse á la desesperación. El hambre nos aquejaba de nuevo, pero esta vez podíamos satisfacerla con mas facilidad. Algunos venados que se habían ahogado en el lago dejaban ver sus cabezas. Saqué uno, lo partí y puse un pedazo á asar. Después de haberlo comido, nos sentimos muy fortalecidos. La tierra estaba abrasando, y en mas de un paraje hubiera sido muy peligroso aventurarse á pasar por entre árboles medio consumidos. Entre tanto iba perdiéndose á lo lejos el resplandor del fuego; y después que hubimos descansado algunas horas, nos preparamos para ponernos en camino. Yo abrí la marcha llevando á nuestra hija en mis brazos. Dos días y dos noches anduvimos errantes en busca de un camino y evitando los senderos que las llamas tenían incomunicados, hasta que por fin llegamos á los bosques de *madera dura*, que no habían sido atacados por el fuego. Se presentó á nuestra vista una casa, nos dirigimos á ella, y fuimos recibidos con muestras del mayor afecto. Después he tenido que trabajar mucho; pero ¡gracias á Dios, nos hallamos aquí en seguridad, buenos y dichosos!

M DE F.

El istmo de Suez.

(Continuacion.)

CAZA DE GACELAS. — CABALGATA EN EL DESIERTO.

Tertig el merass,
Recourb el ferass,
Tekerrib el kheras,
Yeguela el doude men el ras.

Este cantar de los árabes quiere decir:

El *lancer* del galgo,
El *monter* de las yeguas,
El ruido de los pendientes
Os trastornan la cabeza.

El hijo del desierto es enemigo del esplin y de los diablos negros inventados en la húmeda Inglaterra. Es visionario con delicias, pero aborrece la melancolía. Así es que recomienda la caza, la equitación y el amor como antidotos soberanos contra la invasión de la bilis. Pues bien, cuando está en el desierto y en medio de los árabes, debe vivir como en el desierto, debe tomar las costumbres de los hijos del Sahara. Si no se quiere que bajo la influencia del calor, el sistema nervioso adquiriera luego una preponderancia marcada que favorezca las congestiones venosas internas, origen de las obstrucciones y la melancolía, es preciso someter el cuerpo á un ejercicio libre y vigoroso.

La caza es el mejor de estos ejercicios, que practican las principales personas de Ismailia. No hay semana en que no salga de la ciudad un elegante escuadrón de jinetes y amazonas, que van á conquistar liebres, zorros ó gacelas. El camellero Ismael se pone á su cabeza. Ismael es un tipo: conoce el desierto como su mano. Antiguo jefe de los camelleros cuando M. Guichard dirigía los plantíos de la magnífica posesión del Onady, dominio que la Compañía ha retrocedido al gobierno egipcio, Ismael se ha quedado al servicio de su amo, y le ha seguido á Ismailia, donde le han confiado la alta vigilancia de los camellos del tránsito. Montado en su dromedario favorito, Ismael, que descubre mas campo que los otros jinetes, señala la presencia del animal, y al punto señoras y caballeros emprenden la carrera, y los sais sueltan los galgos.

Ordinariamente la caza se dirige hácia Bir-Abou-Ballah, á 4 ó 5 kilómetros al sudoeste de Ismailia, pues en ese sitio suelen encontrarse algunas gacelas, el mas bonito animal de toda Africa.

La gacela africana, que los árabes llaman *r'ezali*, *r'zel*, es el antílope *dorcax* de Lineo, de Buffon y de Cuvier. Tiene las astas redondas, variables por su curva, y se distingue por una especie de bolsa que lleva en cada ingle, y por el olor de almizcle que despide.

Hay distintos modos de cazar la gacela. El que prefieren los árabes, porque es el mas animado y ruidoso, es aquel en que emplean al lobo-tigre, que adiestran perfectamente para ello.

Otro sistema hay tambien: se hacen grandes batidas en las que toma parte toda una aldea. Se elige una extensión de arroyo de 150 metros; los hombres, las mujeres y los chicos, armados con escopetas y con palos, se forman en dos líneas curvas que se prolongan hácia el sitio en donde están las gacelas, los jinetes y los perros empujan á las gacelas hácia el agua que tratan de saltar, y aquí se encuentran con los palos y las escopetas: no es una caza, sino una carnicería.

Tambien suelen emplear la astucia: los africanos encubren sus camellos con verdura, y se acercan fácilmente á los graciosos animales que pacen sin desconfianza y se dejan matar á quemarropa.

Como los demás actos de la vida musulmana, la caza está reglamentada por la ley religiosa.

«No toda carne es permitida, y un creyente no debe comer una pieza de caza, sea cual fuere, si no ha sido herida, si no ha corrido su sangre, aun cuando solo sea de una picadura en la oreja.»

Y siguen las prescripciones para hacer la caza. Cuando se apunta con la escopeta, se ha de decir:

— ¡En nombre de Dios, Dios es el mas grande!

El musulmán que caza con un animal adiestrado, debe pasarle la mano por los riñones antes de lanzarle. Cuando el animal se arroja sin orden del amo, aquella caza es inmunda y no debe comerse.

La colonia europea de Ismailia caza gacelas, si no con ese espíritu de religiosidad, al menos mas noblemente. La que yo presencié, organizada por M. Guichard, fué magnífica. Ismael era el montero mayor, quien tuvo la complacencia de meter en las bolsas de su *rahhalá*, especie de silla en la cual se sienta el jinete como en una taza, mis trastos de pintor, lápices, caja de colores, asiento portátil y quitasol. Estas son mis armas de precisión.

Ismael marchaba delante, seguido de los sais que guardaban los lebreles de pelo largo. El grupo de jinetes y amazonas marchaba á la aventura, diseminándose y reuniéndose, á su capricho, hasta que llegó el instante en que se necesitó mas formalidad. Nos encontrábamos

en las márgenes del lago Timsah, entre Bir-Abou-Ballah y el Gebel-Mariam. Ismael había dado la señal, y con su brazo extendido hácia la duna, nos indicaba la dirección en la cual huían cinco ó seis gacelas.

Los sais sueltan los perros y corren detrás seguidos de los jinetes y amazonas. Terrible persecución para la gacela, que no puede engañar á los perros perdiéndose de vista en aquellos arenales: su única fuerza es la agilidad. Verdad es que su agilidad es prodigiosa, y que rara vez la alcanzan los lebreles; pero siempre hay alguna gacela débil ó preñada que se queda rezagada, y esto fué lo que sucedió aquel día. Muy luego vimos una que se quedaba á mucha distancia de las otras; poco á poco, perros, sais y jinetes se acercan á ella; se la ve que hace esfuerzos supremos, aunque se conoce que se cansa sobremanera.

Por fin los perros están encima; los jinetes caen sobre ella al mismo tiempo que la arrancan á los *slougis*, que sin el palo de los sais la hubieran devorado en un minuto.

Aquella misma tarde comíamos gacela.

Pero no todos los días el *high life* de Ismailia consagra las mejores horas del día á los violentos ejercicios de la caza. La equitación tiene sus atractivos y no es de desdeñar una excursión al desierto.

A eso de las cinco de la tarde, M. de Lesseps envía á preguntar á sus vecinos si están dispuestos á montar á caballo; y preciso es que las ocupaciones sean muy urgentes para que el vecino no se apresure á dar á su sais la orden de ensillar.

Poco después una alegre cabalgata se halla reunida delante de la casa del presidente. Se decide el paseo al desierto y todo el mundo se pone en camino.

Los sais abren la marcha. La mayor parte de ellos son mocetones procedentes de Abisinia con el rostro y los brazos llenos de labrados. Sus piernas son nerviosas y ágiles como las de los caballos que cuidan, y pueden andar hasta sesenta kilómetros sin pararse. Les vimos el día que visitamos la selva de Salaiek: corrieron 57 kilómetros y á su regreso á Ismailia lejos de estar cansados caminaban delante de nuestros caballos.

El traje de los sais es sencillo y cómodo para la carrera. Su único ropaje consiste en una camisa blanca *djeba*, que se estrechan á la cintura con una faja. En la cabeza llevan el *tarbouch*, á veces oculto con un turbante blanco, cuyo cabo cuelga sobre el hombro, así como tambien usan el *couffeh*, especie de banda de hilillo de oro y seda con borlas, y que parece un tocado egipcio de los que se ven en los antiguos bajo-relieves. Una trenza de pelo de camello y filigrana de oro rodea su cabeza. Gastan mucho en este tocado porque les gusta que sea lujoso. Un palo encorvado por una de sus puntas es el distintivo de su oficio de andarín, que les sirve para separar los obstáculos que pueden entorpecer la circulación de los caballos y carruajes.

En nuestras excursiones al desierto, los sais corrian siempre á una distancia de treinta ó cuarenta pasos delante del carruaje, donde iban los que temían cansarse á caballo. Este vehículo *sui generis* es un gran cesto de cuatro asientos, colocado sobre cuatro anchas ruedas que se deslizan sobre la arena sin hundirse. Un vasto quitasol en el centro da sombra á los viajeros. Cuatro mulas llevan volando este carruaje entre los torbellinos de polvo que levanta.

Sigue el escuadrón de jinetes y amazonas. En torno de M. de Lesseps que es un gran jinete, galopa un brillante estado mayor de jóvenes escogidos entre los empleados del istmo. Entré las amazonas mas intrépidas se distingue la señorita G... por la gracia y elegancia con que maneja su caballo. La señorita V... no menos graciosa y diestra la acompaña y entrambas se divierten en ejercicios de equitación que aplauden los jinetes.

Así se recorre la parte del desierto que se extiende al Norte de Ismailia. Se atraviesan las escasas zarzas y los barrancos que forman los obstáculos de este *steeple-chase* improvisado, y de tiempo en tiempo se encuentra algun esqueleto, muerto en las duras exigencias del servicio.

Las cabalgatas se dirigen igualmente á la casa rústica del virey para contemplar la puesta del sol desde lo alto de la duna. Los últimos reflejos del astro doran las aguas del lago Timsah y se pierden en el desierto en polvo incandescente. En aquel momento los objetos bañados por la luz proyectan sombras enormes. Una mata toma las proporciones de un árbol, un hombre parece un gigante, un caballo se asemeja á un monstruo.

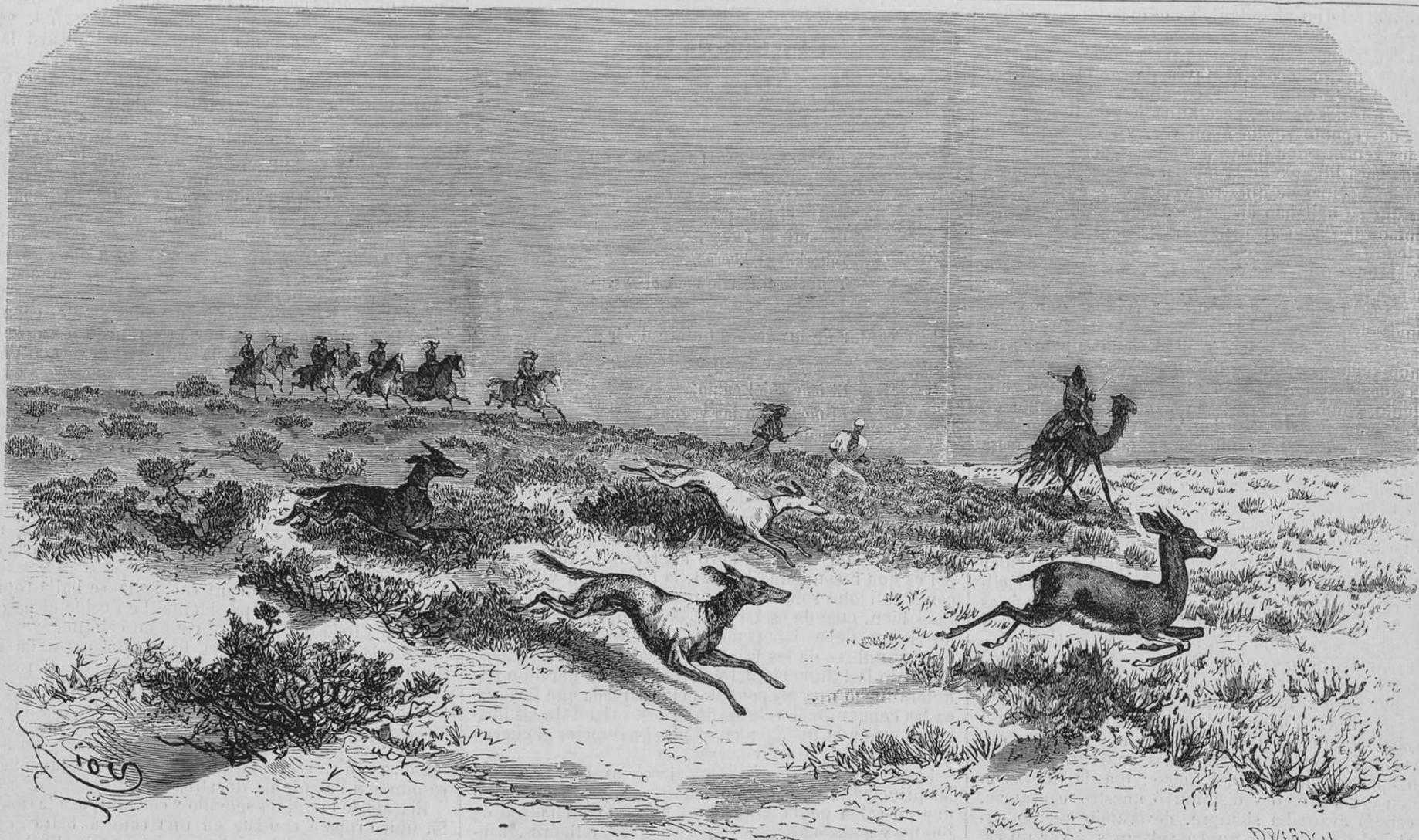
Todo esto hace pasar el tiempo, y en compañía de hombres tan corteses y de señoras tan afables y graciosas, el desierto se cambia en paraíso.

R.

La gran manifestacion de los fenianos.

Apenas hace dos años, se supo con horror el estúpido atentado de Clerkenwell, complot de los pobres dirigido no contra el Parlamento sino contra un pueblo entero. Sin embargo, ha habido una gran manifestación en favor de los condenados que expían actualmente en las cárceles inglesas aquellas diabólicas combinaciones. La lógica de las cartas de M. Gladstone ha sido impotente. Los amigos de los fenianos se pasearon en el corazón de Londres un domingo, después de haber parodiado al pié de la estatua de Nelson las ceremonias del culto católico.

Como en todas las manifestaciones británicas, acudió allí cierto número de *mariscales*, especie de constables



ISTMO DE SUEZ. — Cacería en las inmediaciones de Ismailia.

revolucionarios especiales, encargados de mantener el orden en las filas. La mayor parte de los mariscales llevaban botas recias, precaucion justificable por la humedad del macadam de Londres. Tambien llevaban fajas verdes y brazales del mismo color, con una seriedad que daba envidia verles.

La parte mas interesante de la manifestacion era el batallon sagrado de las hijas de Erim. Las mujeres están siempre bien cuando se trata de apelar á la clemencia. *Honni soit qui mal y pense.*

Muchas de estas manifestantes estaban preciosas con sus sombreritos, adornados con escarapelas irlandesas. Su flor predilecta era el trébol.

Las banderas que llevaban con suma gracia, tenian estas palabras escritas: *Salvad la Irlanda*, y eran todas verdes.

Al lado del hermoso batallon marchaba un jóven americano montado en un velocifero, y que á lo largo del camino interceptaba los aplausos y ojeadas que se dirigian á sus compañeras.

En el batallon temenino habia algunas mamás que no habian querido dejar en casa á sus niños, y algunas llevaban tantos, que se quedaron rezagados bastantes de ellos. Hé ahí las únicas capturas de los *policemen*. Así ganaron la prima de arresto y no perdieron el dia.

Sin embargo, aunque la policia no se mostró, estaba preparada para todo. De tiempo en tiempo se veian en cabs misteriosos personajes encargados de seguir la manifestacion. Los unos eran ministros en expectativa, otros eran miembros del Parlamento, y habia tambien



Una cabalgata en el desierto.

algunos penny liners, que escribian de corrido la relacion del acto.

Hemos reunido algunos tipos curiosos que vamos a presentar a nuestros lectores.

El N° 1 representa un monser, ó vendedor ambulante de patatas cocidas al vapor, con su eterna gorra de nutria.

El N° 2, abotonado hasta el cuello, arroja miradas oblicuas. Es quizá el enigmático capitán Kelly, que se afeitó para disfrazarse, y que la policia dos veces ya ha dado por enterrado.

El N° 3 es un parroquiano de última hora de los barrooms. Todos los domingos le echan fuera cuando cierran el establecimiento que honra con su presencia.

El N° 4 es un bricklayer, equivalente a nuestro albañil.

El N° 5 es un irlandés americanizado, uno de los cuarenta y un manifestantes que marchaban detrás de los Stars and Stripes, bandera de los Estados Unidos.

El N° 6 es un alegre ciudadano que acaricia su botella de Sherry, y que mezcla con su buen humor una punta de la ironía cáustica de los irlandeses. Si hubieran llovido balas, no se habria apartado de su chimenea.

El N° 7 es un mozo de tienda que, por no perder su tiempo, fuma y toma parte en la manifestacion.

El N° 8 es un mozo de importancia, que

hecho una suscripcion en su pueblo para enviarle a Londres.

Finalmente, el último personaje está en la manifestacion por curiosidad, por ver lo que pasa.

W. DE F.



Manifestacion de los fenianos. — Una captura.

Los dos millonarios.

POR ZSCHOKKE, TRADUCIDO DEL ALEMAN.

(Continuacion.)

— Amigo R..., tú eres un buen compadre, tú harás carrera dejándote llevar por la turba; no te envanecerás con ricos pañales, ni llorarás porque se te haya roto una burbuja de jabon. No te irá a ti muy bien, pero tampoco serás desdichado.

He citado este coloquio porque fué muy reparable, segun lo acreditó mas tarde la experiencia; pues Enjelberto habia vaticinado el porvenir a fuer de oráculo inspirado.

Tras la muerte de su padre recibió Casimiro mil pésames y demostraciones de afecto. Tambien procuró consolarle la her-



Un personaje misterioso



Tipos de manifestantes.

desempeña un empleo de confianza en e estudio de un solicitador. Abriga altas aspiraciones, sueña en lontananza con una peluca de abogado.

El N° 9 es un aldeano de Triperary que acaba de llegar de Irlanda. Sin duda ha cometido alguna faltilla agraria, y se ha

mosa Carolina, diciéndole que lo mejor que podia hacer era someterse placentemente a la condicion puesta por su padre, que abrazase el oficio de tendero para serlo todo el tiempo que viviese el señor Romano, y muerto este, que harian lo que les diese la gana.



Un par de agitadores.



Abanderada.



Jefe de columna

Pasó luego Casimiro á la capital, donde vió mal vender el palacio suntuoso de su padre, y oyó las reconvencciones que se hacían al banquero, y las muestras de compasión é interés que se prodigaban al hijo.

Una de las primeras diligencias de Casimiro fué encaminarse á la tienda del señor Romano para someterse á la inflexible voluntad del tendero: y en verdad que aun cuando la linda Carolina no fuera la heredera de un millon, bien merecía tamaño sacrificio.

Pero ¡ay! que con las circunstancias variaron las ideas. Romano despidió ásperamente al novio; pues había perdido con el banquero, padre del mozo, ocho mil pesos, que fueron para él otras tantas puñaladas.

— Os daré, le dijo Casimiro, los diez mil florines que me han cabido de la dote de mi madre, y dadme la mano de Carolina. Os prometo emplear todos mis conatos para resarciros aquella pérdida.

Extendióse luego Casimiro sobre el cariño que profesaba á Carolina, muy satisfecho de ver que el tendero le estaba escuchando como si estuviera absorto.

— ¡Pues qué! prorumpió por fin el droguero; ¿acaso tratáis de burlaros de mí tras el engaño de vuestro padre? Y ¡en premio de tamaño atentado me estais pidiendo ahora la mano de mi hija para que os mantenga á pan y cuchillo! Dios guarde á Vd. muchos años. Ya que vuestro padre me ha puesto en la precision de por diosear, no quiero ajustar un casamiento de por dioseros. Salid al punto, pero os pido un favor, y es que mientras yo viva no pongais mas los piés en los umbrales de la puerta de mi casa. Yo no he criado á mi hija para echarla en brazos de un mendigo.

III.

Por donde quiera iba Casimiro, oía murmurar de su padre; y los mismos que poco antes le adulaban eran sus enemigos mas acérrimos. Así que, en medio de su afliccion, le sirvió al hijo de algun consuelo la noticia que pocos meses despues recibió de la muerte del padre, victima sin duda del dolor que le causara el malogro de su buen nombre y fortuna.

Casimiro procuró reponerse de su quebranto, y se dirigió á los que fueron amigos de su casa, quienes le recibieron con muestras de interés, y el ministro del elector le dió una plaza en la secretaria de Estado, diciéndole:

— Si se conduce Vd. como espero, hará Vd. carrera; entérese Vd. bien de nuestras leyes y de nuestra hacienda, y luego verá lo que se podrá hacer por Vd. Verdad es que por ahora tendrá Vd. que trabajar de balde; pero cuento que dentro de un año, ó á mas tardar en dos, se le proporcionará un buen empleo. Por otra parte es Vd. muy mozo todavia; pues ¿qué es lo que puede Vd. pretender no teniendo mas que veinte y cuatro años?

Este lenguaje del ministro era propio de un amigo entrañable. Así que Casimiro, resuelto á utilizar tan benévolas intenciones, alquiló un cuarto en casa de un artesano, cerca del palacio que fué de su padre, y en la vecindad de Carolina; pues aun cuando el droguero le había vedado poner otra vez los piés en su casa, no podía extenderse la prohibicion á que se entendiera con Carolina por medio del habla de los ojos.

Y en efecto la estaba mirando con tanto ahinco como elle á él. Sabía Carolina cuando salía su amante, cuando volvía á casa, cuando trabajaba, cuando estaba triste, cuando alegre, etc. Tambien él por su parte estaba enterado de cuanto le sucedía á Carolina, en términos que por señas se comunicaban mutuamente todos sus pensamientos, temores y esperanzas, cual si libremente pudiesen hablarse; y en verdad que creo que si de tarde en tarde podían reunirse sin testigos importunos, aprovechaban los labios en tarea mas grata y envidiable.

Casimiro seguía esperando, y Carolina consolándole. Al cabo de un año díjole la muchacha:

— No tengo yo mas que diez y ocho años, y tú estás en tus veinte y cinco.

Así era la verdad: Casimiro trabajaba con ahinco, era servicial con todo el mundo, y ayudaba á sus compañeros de oficina en sacar cuentas, extender estados, etc. De ahí es que todos le querían, celebraban sus conocimientos, le pedían consejo, le convidaban á la mesa, á tertulias y saraos. Todas las lindas muchachas le querían bien, pues bailaba á las mil maravillas, cantaba como un ángel, y declamaba como un Demóstenes; en una palabra, era todo celestial: celestial como lo son ciertos sujetos hasta cierta edad para los pocos años. Así es que Casimiro hubiera hallado, á sus veinte y cinco años, una novia linda y rica, si se hubiese tomado la molestia de buscarla; pero el pobre no tenía ojos y oídos mas que para su Carolina: y en esta disposicion cumplió sus veinte y seis años, sin pasar de meritorio en la secretaria de Estado.

— Mas ¿qué importa esto? le decía Carolina; no tienes mas que veinte y seis años, y yo diez y nueve; todavia podemos esperar.

Y decía bien; y el amante era tan modesto, y estaba por otro parte tan bien hallado con amar y ser amado, que no acertaba á quejarse.

Muy fundado era ciertamente el cariño que profesaba á Carolina; pues la linda hija del droguero era un pimpollo de hermosura y donaire: así en la ciudad como en la córte, andaban todos enamorados de la muchacha, como que hasta los príncipes y los grandes

se apeaban de sus coches para trabar conversacion con el padre; fuera de que una heredera como Carolina bien merecía que se echasen á sus plantas títulos y veneras. Pero ninguno de aquellos señorones podia conmovier el corazon del viejo droguero ni de la preciosa Carolina; pues por una parte ninguno de ellos tenía bastante fortaleza para allanarse á vender en la tienda manteca y velas de sebo; y por otro lado, Carolina se mostraba con todos tan yerta é indiferente, que no cabía entablar con ella ningun coloquio amoroso.

Todo su primor, toda su hermosura, toda su atencion y cariño eran para el único escogido, á quien daba (bien puede decirlo sin ánimo de ofenderla) el beso por el que muchos príncipes le hubieran en vano ofrecido un trono; y lo daba de balde al pobre meritorio, sin que este se lo pidiese; y si no me equivoco, á docenas.

Cierto que esto era mucho consuelo.

IV.

A pesar de este consuelo, el atareado Casimiro arrugaba de vez en cuando las cejas, cuando estaba viendo que pasaba un año tras otro, y que el viejo Romano seguía siendo el mismo, sin dejarse doblegar. Agregábase á este desconsuelo el ver que por parte del gobierno nadie hacia alto en él. Bien sabía él cuánto se afanaba en la oficina; y con todo nadie lo echaba de ver. Verdad es que todos andaban diciendo:

— Casimiro es un mozo de provecho, laborioso, honrado, inteligente, el mas idóneo de todos. Pero ahí se reducía todo; y cuando vacaba alguna plaza, nadie se acordaba del jóven laborioso, honrado é inteligente. Cada cual cuidaba de su hijo, de su primo ó sobrino: las familias de los empleados se ayudaban entre sí excluyendo á todo profano; de aquí es que jóvenes que habían servido tanto tiempo como Casimiro, y menos aptos que él bajo todos respectos, le dejaban muy en zaga en su carrera. Si Casimiro se quejaba, las habían contra el nepotismo y contra la injusticia é ingratitud de los grandes, y con esto le consolaban; pero luego, no bien había Casimiro vuelto las espaldas, cuando los mismos con quienes se había quejado, se mostraban maravillados de que concibiese la desatinada esperanza de pretender lo mismo que ellos, como si fuera igual suyo en nacimiento y riquezas. Enhorabuena que se le emplease en lo que fuera útil, pero en no siéndolo, que callase.

Casimiro, con todo su saber, era de aquella clase de hombres bondadosos que perdonan mas fácilmente que no se enojan, que vienen á ser en todos tiempos y lugares el juguete de los hombres egoistas y altaneros, que se dejan desarmar por un estrechón de mano ó una palabra amistosa, y que, á trueque de servir al fementido que los vende, se arrojan al fuego ó al mar. No tienen estos inocentes, sin hiel y sin malicia, ningun concepto del descoco y sutileza de los hombres mundanos, y no aciertan á hacerse cargo de la ruin baja de que son capaces los hombres que los rodean. El pobre Casimiro estaba siempre dispuesto á creer todo el bien de los hombres y á dudar de lo malo; pues andaba afanado por crearse en torno suyo un mundo tan leal y bondadoso como él mismo.

De aquí es que llevaba en paciencia su dura suerte; pues abrigaba su pecho la halagüeña persuasion de ser querido y respetado. Verdad es que sentía no ver premiados sus servicios como merecían: pero por otra parte él mismo estaba dispuesto á echarse la culpa de este olvido, pues nunca hacia antecámara á sus jefes, á no ser por negocios de oficio, y en sus coloquios familiares con ellos, manifestaba con harta franqueza su dictámen. Consolábanle un tanto estas reflexiones; y cuando por acaso daba cabida á la desconfianza, realzábale al punto la voz angelical de Carolina.

— ¿Qué supone todo eso? le dijo por el mes de marzo, el día de su cumpleaños, al enviarle un ramillete de siemprevivas. Tú no tienes mas que veinte y siete años, y yo... veinte.

Pareció no obstante como si se dolía de haber profesado esta última palabra.

La voz balbuciente con que Carolina pronunció la palabra veinte no se ocultó á Casimiro, quien se volvió pensativo á su cuarto. Pero ¿cómo podía remediarlo? Veinte eran veinte por mas vueltas que le diese, y bien se echaba de ver que el avarientó droguero viviría otros veinte años sin variar de intento.

— Entre tanto Carolina traspondrá la edad florida, suspiraba Casimiro, y yo soy ya un solterón.

Dichas estas patabras, se arrojó en el sofá, y echó á llorar amargamente.

V.

Mientras se hallaba embebido en tan tristes pensamientos, llamaron á la puerta, y se presentó un lacayo del consejero privado, el señor B..., para decirle que su amo deseaba hablarle una palabra en confianza.

Una palabra en confianza del señor consejero privado del elector no era honra de poca monta: así que Casimiro se encaminó al punto á su palacio, rebotando curiosidad y esperanza.

Recibióle el señor con mucha cortesía y benevolencia porque aquel palaciego tenía el don de ser muy comedido con sus súbditos, cuando creía poder sacar de ellos algun provecho; y grosero, altivo y desvergonzado, cuando no le tributaban el debido acatamiento: de ahí es que todos le temían y menospreciaban á un tiempo. Pero Casimiro le tenía por un hombre de bien, que conocía el mundo y sus artificios.

— Su Alteza, dijo el señor B..., desea organizar las rentas de las tierras que acaba de adquirir, segun la pauta de las de acá. Pero es el caso que hay que escudriñar y ordenar varios señoríos y regalías, proponer cierta uniformidad en su administracion, y buscar los medios mas conducentes para subir su producto hasta donde alcancen. Su Alteza ha nombrado ya una comision al efecto; pero es este un trabajo impropio y fatigoso. Los dos consejeros nombrados son muy ancianos, y por tanto no son idóneos para esta tarea. En balde rogué á Su Alteza que hiciese otros nombramientos; díjome que son buenos servidores del Estado y que no es justo defraudarles esta honra. Para presidente de esta comision nombró Su Alteza, contra mi voluntad, á mi hijo: ya sabe Vd., mi buen amigo, que Su Alteza no se deja contradecir fácilmente. Mi hijo está muy delicado de salud, y por tanto el negocio se hará sempiterno, lo que por otra parte no puede ser; de aquí es que yo deseara agregarle á Vd., amiguito, á dicha comision con el carácter de secretario. Vd. tendrá su buen sueldo; y si, como no dudo, logra mi hijo, con su ayuda de Vd., terminar este negociado á satisfaccion de Su Alteza, esta circunstancia servirá de mucho para recordar á mi amo los importantísimos servicios que ya lleva Vd. hechos al Estado. Pero por lo menos, en cuanto á mi, ya le tengo á Vd. destinado uno de los mejores empleos en las tierras recién adquiridas.

Casimiro, como ya se deja entender, aceptó gustoso el brindis; y esto que alcanzaba toda la dificultad, pues sabía que los dos viejos de la comision eran unos mentecatos que solo habían de abultar para dar mayor realce al presidente mozo. Pero este último, que dos años antes había salido de la universidad, entendía aun mucho menos el manejo de los negocios. Por consiguiente la propuesta del señor consejero equivalía á cargar todo el trabajo en los hombros del secretario. No obstante no huyó de la propuesta, porque veía que con ella se le preparaba un porvenir mas halagüeño; y aunque por otra parte le dolía en extremo tener que alejarse de su linda vecina, no quiso con todo desperdiciar una ocasion tan venturosa. Fuera de esto, el corto sueldo que cobraría todo el tiempo que durase su comision, le venía de perlas, puesto que, habiendo servido hasta entonces de balde, y no alcanzando los intereses de su corto capital para atender á sus gastos, por mas que los reducía á los mas estrechos límites, tenía que encetarlos de cuando en cuando, lo que forzosamente iba menoscabando mas y mas los intereses.

Despidióse Casimiro de Carolina, y un beso ardoroso y del alma le comunicó el valor de que estaba tan menesteroso para sobrellevar la dura separacion. Púsose pues en camino para el punto destinado, y empezó á trabajar con ahinco y confianza. Ya se deja entender que no quedaria por esto interrumpida la correspondencia entre los dos amantes, quienes tomaron las medidas adecuadas para continuarla sin que lo echase de ver el droguero; y Casimiro pagaba los portes de cartas, pues la pobre Carolina no podía disponer de un cuarto.

Casimiro se portó en la capital de la nueva provincia como se había portado en la córte del elector. Trabajaba con afán, trataba apenas con las gentes, por no tener que incurrir en mayores desembolsos que los precisos; y terminada su tarea diaria, tras haber dado un paseo, se retiraba á su cuarto, y leía ó escribía cartas á su querida del alma.

Pero un incidente que ocurrió poco despues vino á alterar su situacion en la posada donde estaba alojado. Contiguo á su aposento vivía un extranjero que comía á la mesa redonda, no despegaba los labios, y se paseaba en su cuarto de arriba abajo hasta pasada media noche, hablando á solas. Semejante vecindad no le pareció á Casimiro muy agradable; era el extranjero un jóven pálido y de buena estampa, de la edad de Casimiro, tenía dos criados, y parecía de buena familia.

Enterado Casimiro de que el desconocido era inglés, que se llamaba Duncan, y que residía en la posada hacia unas tres semanas, sin curarse del pueblo ni de su vecindario, resolvió entablar con él conversacion en inglés, deseoso de practicarse en ese idioma, y de ofrecer algun consuelo á un hombre que parecía desdichado.

No bien el inglés oyó los acentos de su habla materna, puso los ojos en Casimiro con halagüeña sorpresa, contestóle con mucha cortesía, y volvió á caer en su taciturnidad primera: no obstante, de vez en cuando echaba á Casimiro sus miradas escudriñadoras; y alzada la mesa, se levantó del asiento, se acercó al jóven, y tomándole la mano, le dijo:

— ¿Me dará Vd. licencia para hablarle á solas un ratito?

Casimiro lo condujo á su aposento, y el señor Duncan se explicó en estos términos:

— Vd. extrañará lo que voy á decirle; me hallo sin dinero: forzosamente se habrá extraviado la letra de cambio que debía haber recibido. He de ponerme en camino para Amsterdam, y ni siquiera tengo dinero

para pagar la posada; no puedo vender mi silla de posta: ¿podría Vd. prestarme cien doblones? Prometo reintegrárselos á Vd. con el interés correspondiente tan pronto como me llegue el dinero que estoy aguardando.

Casimiro quedó atónito; no obstante, recobrado del asombro que le causaran aquellas palabras, dijo:

— No tengo aquí lo que Vd. me pide; pero le prometo á Vd. esta cantidad, á mas tardar, dentro de quince días.

— Bien está, respondió el inglés; Vd. me saca de un apuro fastidioso, y quedo agradecido.

— Yo no presto dinero á interés, replicó Casimiro. Oidas estas palabras, Duncan le echó los brazos al cuello y salió del cuarto.

Este coloquio habia durado apenas cinco minutos; pero no bien se habia ido el inglés, recordó nuestro Casimiro su promesa precipitada. Los cien doblones importaban nada menos que la cuarta parte de todo su haber. Meneó la cabeza; verdad es que el inglés tenia una cara de hombre de bien, y no parecia un aventurero: pero cien doblones era la cuarta parte de su fortuna, y parecia arrojado y aun expuesto prestarlos sin mas ni mas á un extranjero.

— No creo que me engañe, dijo Casimiro para sí; y aunque fuese capaz de tanto... pues bien será la primera vez que esto me suceda, y cuento que será la última.

El inglés se estuvo paseando por su cuarto la noche siguiente, y se le oia llorar.

Ese hombre es aun mas desdichado que yo, pensaba Casimiro; por cierto que no le hará falta el dinero prometido.

Al dia siguiente, al sentarse á la mesa, no habló el inglés mucho mas de lo acostumbrado; pero estuvo mas atento y cariñoso. Cuando enmudecía, su semblante estaba triste y aun encapotado, pero no bien se avivaban sus facciones con el ardor de la conversacion, parecia otro hombre; y con efecto, era un mozo dotado de pecho ardoroso y de índole amable; así que no es de extrañar que Casimiro sintiese para con él una inclinacion interna é inexplicable. El inglés era siempre lacónico y tibio; y Casimiro era tierno, cariñoso, y se afanaba por distraerle. Recabó de él que lo acompañase en sus paseos, y allá en sus correrías solitarias se aunaron mas sus corazones. Duncan era un hombre instruídísimo; discurrían entrambos amigos sobre los escritos de los sabios antiguos y modernos, sobre las leyes y costumbres de los pueblos. Por estos coloquios pudo conocer Duncan el mérito de Casimiro; y este supo que su amigo, de resultas de un acontecimiento aciago, habia abandonado su patria con ánimo de correr mundo. Luego que Casimiro habia terminado su tarea, entraba Duncan en su aposento al anocheecer, se mandaba traer ponche por sus criados y estaba hablando con Casimiro hasta muy entrada la noche. Pero nunca se habló una palabra del préstamo prometido.

Estaba Casimiro tan prendado de su nuevo conocido, que por primera vez conoció el precio de un amigo. En todas sus cartas á Carolina le hablaba apasionadamente de Duncan, en términos que la muchacha tuvo su poco de celillos.

Luego que hubo llegado el dinero prometido, lo llevó por la noche al cuarto del inglés, quien se sentó, tomó la pluma y extendió un recibo con las señas de su casa en Inglaterra.

— Esta obligacion, dijo Duncan, es para el caso que yo muriese antes de saldar la deuda, en cuyo caso podrá Vd. enviarla á Londres juntamente con esta carta. Dichas esta palabras, abrazó el inglés entrañablemente al que tan generosamente le habia prestado el dinero. A la despedida entrambos hablaron pocas palabras; asomaron las lágrimas á sus ojos, se estrecharon mutuamente contra el pecho, y se separaron.

VI.

Tras la partida de Duncan se halló Casimiro en un desierto; y en verdad que habia perdido un hombre á quien amaba de corazón, un amigo cuyo pecho latía al igual del suyo en impulsos hidalgos y generosos, nacidos sin duda de la diversa situacion en que se hallaban.

Con la ausencia de su amigo, el trabajo vino á serle mas necesario todavía. Duncan y Carolina eran todo su anhelo y su consuelo.

— ¡Qué venturoso soy! decia entre sí; quiero al hombre mas noble; idolatro á la mujer mas peregrina; ¡y soy correspondido!

Después de siete meses de trabajo incesante, quedó terminada la tarea que le habia encargado el consejero. La comision volvió á la corte en busca de elogios y recompensas. El elector quedó tan pagado de la ejecucion, que premió al presidente con una orden de caballería, agraciando igualmente á los dos vocales. Solo el pobre Casimiro quedó trascordado; ni aun se hizo mencion honorífica de él, á pesar de que todo absolutamente era obra suya.

No obstante el presidente de la comision le quedó muy agradecido, lo mismo que su padre, quien le convidaba á menudo á su mesa, y la señorita B..., hermana del presidente, estaba prendadísima del joven, y tanto que, á haber sido de noble familia, le hubiera dado de mil amores la mano. Pero luego que

el consejero hubo advertido que su hija se aficionaba al mancebo, le fué convidando de tarde en tarde, hasta que de todo punto cesó de obsequiarle con aquella fineza. Casimiro le recordaba la promesa que le habia hecho de un empleo en las tierras recién adquiridas.

— Déjemelo Vd. á mi cargo, le contestaba el consejero, golpeándole el hombro.

Mas de una vez he hablado á Su Alteza del talento é instruccion de Vd. Espere Vd. el cumpleaños del elector, en cuyo dia suelen llover las promociones. Sin duda ninguna figurará su nombre de Vd. de los primeros de la lista.

Con esto tenia que aquietarse Casimiro: ¿acaso no era cierta su promocion, y no le habia preguntado el consejero cuál era la plaza que mas apetecia? Contestóle Casimiro en aquella ocasion que deseaba muchísimo no tener que salir de la corte; pues pensaba el fiel amante en Carolina de quien le pesaba alejarse.

— No importa, dijo el consejero; todo se puede remediar. Es verdad que á un hombre como Vd. le hubiera dado el mejor destino de la provincia recién agregada; pero puesto que Vd. prefiere no moverse, tambien me encargo yo de esto. Quizás se dará el retiro y una pensión al viejo consejero S..., y esto le vendrá á Vd. de molde: ¿estaria Vd. contento con esto?

— No puedo desear mas, dijo Casimiro con semblante alegre.

— Bien, bien, replicó el consejero con aire franco y confiado.

En medio de tales esperanzas voló el invierno. La hermosura y fidelidad de Carolina se mantenían inalterables. Si por acaso Casimiro daba cabida á la melancolía, una sonrisa, una mirada de su querida, le traían otra vez el cielo y la felicidad.

Llegó por fin, con el mes de marzo tan deseado, el dia del cumpleaños del elector. Salieron á luz las listas de las promociones; y los agraciados andaban alborozados recibiendo parabienes. Casimiro permaneció todo el dia en su cuarto para que el criado de la oficina le hallase en casa; ya estaban sobre la mesa primorosamente envoltos en un papel los aguinaldos que destinaba al portador de tan faustas nuevas. Llega la tarde, viene en seguida la noche. Su encargado le trae la lista que ha estado esperando en la imprenta; empieza á leerla con afán, pero en toda ella no asoma su apellido. Anochece aun mas; la noche está lóbrega. Oyense por toda la ciudad saraos, banquetes y festejos; y el pobre Casimiro queda olvidado como siempre. Estaba el desdichado sentado en el sofá, solitario y abandonado, y lloraba amargamente.

VII.

Tristísima fué para Casimiro aquella noche. Veía burladas sus mas fundadas esperanzas. Durante seis años habia estado trabajando de balde con celo y eficacia en beneficio del Estado, halagado siempre con esperanzas; con su callada asistencia, sugetos incapaces y menteca-

VIII.

Era ya medio dia cuando despertó: la criada de la casa le entregó dos esquelas, una de ellas acompañada de un ramillete de siemprevivas; circunstancia que le recordó que era aquel dia su cumpleaños. Esta memoria le arrancó un suspiro.

Uno de los billetes era del consejero y el otro de Carolina, pues conocía la letra de uno y otro.

— ¡Abramos el mas amargo! dijo entre sí, y abrió la esquila del consejero.

(Se continuará.)

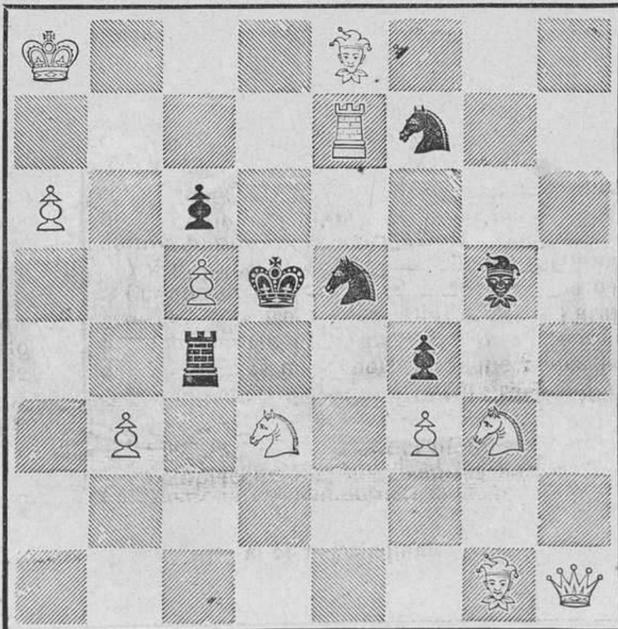
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 299.

- | | | |
|---|----------------------|------------|
| 1 | T 3ª CR | Rª toma C |
| 2 | R toma A jaque | Rª toma Rª |
| 3 | T 3ª CRª | Rª toma T |
| 4 | T 8ª ARª jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 300, POR M. WALTHER ENGELHARD.

NEGRAS.



Las blancas dan jaque-mate en dos jugadas.

La Francia pintoresca.

LAS LANDAS.

(Continuacion. — Véase el número 278.)

Concluimos nuestro primer artículo diciendo que principal producto del pino es la sustancia resinosa que contiene. La operacion á cuyo beneficio se obtiene este producto se llama *corte*. Regularmente no deberia comenzar antes que el árbol tuviese veinte y cinco años; pero por desgracia, no se observa esta regla. La incision destinada á dar paso á la savia se designa en las Landas con el nombre de *carre*. Comenzada á flor de tierra, se continúa subiendo sobre una anchura uniforme de 4 á 5 pulgadas, de modo que el sétimo año alcanza 12 ó 14 pies de elevacion. Para *cortar* á esa altura el *resinero* emplea una escala de una forma primitiva, y apoyándola al tronco con la rodilla izquierda, en tanto que con el pié derecho hace contrafuerte sobre el pino, *corta* con su hacha tan fácilmente como si estuviera en tierra.

Después del sétimo año la *carre* abandonada se cicatriza, y se principia á su lado otra nueva. El espacio que las separa se corta tambien, cuando el pino cubierto de *carres* no está agotado todavía. No se abren muchas *carres* á la vez sino cuando debe cortarse el árbol, y es lo que se llama *cortar en pino perdido*.

La resina que brota de la *carre* se divide en dos especies, á saber: el *galipodio* y *goma*; esta última, que es la mas preciosa, debe sin duda su nombre latino á las gotitas que forma y que parecen otras tantas perlas ó piedras preciosas: corre lentamente hasta un pequeño receptáculo puesto al pié del árbol y que se vacía diferentes veces cada año.

El *galipodio* por el contrario, blanco y opaco, se

pega á la *carre*, que acaba por cubrir con una capa como de azúcar piedra. La cosecha se hace en otoño.

Estos dos productos del pino, conocidos con el nombre comun de *resina*, y tratados en las fábricas del pais, dan la esencia de trementina, el alquitran y la colofana. Los talleres de resina se construyen de distintos modos: el dibujo que damos aquí representa el mas antiguo y el mas comun. Nuevos sistemas, que son muy superiores han dado productos comparables con los del Norte y los Estados Unidos. Cuando no se vende en tablas ó en vigas, cuando no sirve de combustible para las casas, el pino transformado en carbon, alimenta las fábricas, bas-



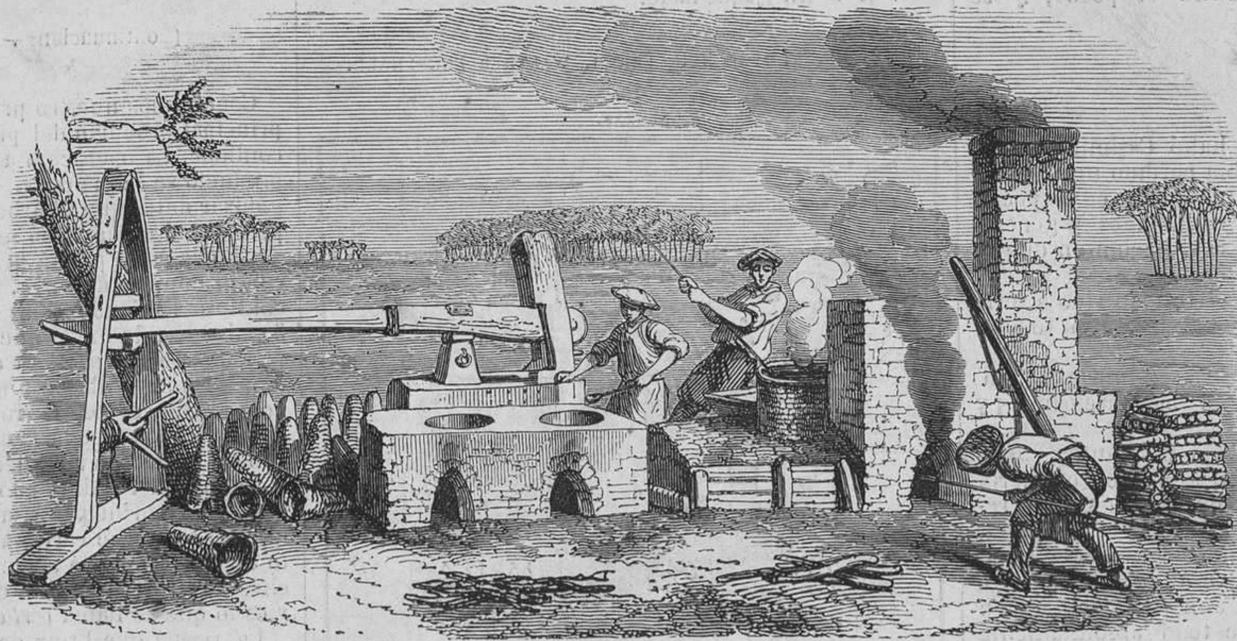
LAS LANDAS. — Boyeros dando de comer á los bueyes.

tante numerosas, establecidas en el pais, las cristalerías y algunos altos hornos. Los diversos productos del pino, los cereales, los vinos y las lanas, forman los principales objetos del comercio de las Landas. La cera y la miel han dado tambien nacimiento á una industria muy productiva. Miles de colmenas se extienden entre los brezos, pues las abejas sacan de los pistilos de estas plantas los elementos de una miel trasparente y muy sabrosa, que no le cede en nada á la de Narbona. No todo el pais son landas y pinares, sino que hay robles de la especie llamada *tauzin*, que de espacio en espacio recrean la vista. Sometidos á una po-



Interior de una casa rural en las Landas.

da periódica estos robles, no se alzan á mas de 3 ó 4 metros, y su copa, mucho mas gruesa que el tronco, les da el aspecto fantástico de un ejército de gigantes. La *tauziola* por el contrario, eleva al cielo un tronco muy derecho y completamente desprovisto de ramas; el corcho se ostenta en su follaje de un verde eterno, los alisos forman espesuras impenetrables, y los olmos se cuelgan al borde de los precipicios. Pero despues del pino, el árbol que mas abunda es el roble. Generalmente rodea las casas, en las Pequeñas Landas, cada una de ellas tiene su grupo de robles, y en las Grandes y en el Maransin, aunque es mas raro, se presenta á veces en grupos admirables. Citaremos uno solo, me-



Manipulacion de la cera.

nos célebre por sus proporciones y su edad que por un recuerdo tradicional en la comarca. Está situado en el pueblo de Pouy, cerca de Dax. A la sombra de ese árbol guardaba el ganado san Vicente de Paul en los primeros años de su infancia. A pocos pasos del roble se elevaba la choza donde vivió la numerosa familia de que formaba parte san Vicente. Muy rara vez el peregrino que vuelve de la romería de Nuestra Señora de Buglosse pasa sin detenerse delante del árbol de san Vicente de Paul. El boyero se cobija tambien bajo la sombra. Sus ramas, transformadas en cruces rústicas, llegan hasta Paris, donde adornan la *cabecera del pobre* y los relicarios adornados de rubies.